MAGDALENA IBÁÑEZ VIAL MARÍA JOSÉ ZEGERS RUIZ-TAGLE

ALONSO EN UNA HACIENDA COLONIAL

ILUSTRACIONES DE CARLOS ROJAS MAFFIOLETTI

EDITORIAL ANDRÉS BELLO

Dedicamos este libro a Felipe
y Fernando, nuestros maridos,
y a nuestros hijos Felipe, Magdalena,
Manuel, Antonio, María y Margarita;
y María José, María de los Ángeles,
Fernando y Pelayo.

Capítulo I
CAMBIOS

Siempre recordaré el año 1705. Éste comenzó lleno de ilusión con el anuncio del embarazo de mi madre. Pasaron los meses y ella engordaba cada vez más. Junto con la primavera, llegó el ansiado momento del nacimiento, pero en sólo unas horas la felicidad se tornó en tristeza cuando mi padre anunció que ambos habían muerto en el parto. Nuestro hogar se volvió triste e inhóspito. Desorientados, mi hermana Pilar y yo recorríamos la casa sin saber qué hacer. El patio principal, ese lugar lleno de alegría en el que antes nos sentíamos siempre tan felices y seguros, se nos presentaba ahora ajeno y desolado. Mamá no estaba y sin ella el patio se veía vacío. Su ausencia se hacía allí más patente, más viva, más dolorosa. La hermosa fuente que se llenaba de pájaros; aquellas enredaderas bajo cuya fresca sombra se instalaba nuestra madre todos los días a bordar y a coser mientras nos contaba antiguas historias que nosotros escuchábamos fascinados; los largos corredores que lo rodeaban... todo estaba en silencio.

—Pilar —dije—, no soporto estar aquí, vamos al otro patio; por lo menos allí estaremos acompañados.

—Bueno, vamos. Pero, Alonso, tú sabes que tenemos que acostumbrarnos a que mamá ya no está.
Pilar tenía diez años, uno menos que yo. Trataba de parecer resignada a la ausencia de mamá, pero varias veces la había escuchado llorar a escondidas.
En el patio de la cocina o tercer patio siempre había gran actividad. Las gallinas y los patos revoloteaban por todos lados y en ese momento en que comenzaba el verano, verduras y legumbres crecían en abundancia, mientras los damascos y los cerezos mostraban sus frutos que comenzaban a colorear.
Esa tarde, Felisa, a quien llamábamos mama Feli, llegó a buscarnos porque nuestro padre quería hablar con nosotros en la cuadra. Muy extrañados, fuimos hasta aquel lugar, el más importante y ceremonioso de la casa, donde no habíamos entrado desde la muerte de mamá.
Volví a sentir su presencia. Acudieron a mi mente los recuerdos de tantas tertulias... Me parecía verla, como muchas tardes, tocando el clavecín, mientras yo la acompañaba con la flauta. ¡Con qué ternura me animaba a seguir cada vez que yo desafinaba!
La voz de papá me sacó de mis cavilaciones:
—Hijos míos, debo comunicarles algo —dijo y, tras una pausa, continuó—: Tengo que viajar urgentemente a Concepción a poner orden en ciertos asuntos relacionados con nuestras tierras...
—¡Qué bien! —interrumpió Pilar—. ¡Al fin conoceremos la famosa hacienda de ese antepasado nuestro que se llamaba Alonso, igual que tú!
Al ver mi cara de desconcierto, agregó: —¿Pero no recuerdas lo que mamá nos contaba? A los doce años, ese Alonso se internó en las tierras de Arauco en busca de su amigo prisionero de los indios. Tenía un nombre raro... Se llamaba Pelayo, o algo así.
—¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Rescató a su amigo y además recuperó

un valioso tesoro robado por los piratas —respondí entusiasmado—. Será genial conocer esos lugares.
—¡Un momento! —interrumpió mi padre—, siento decepcionarlos, pero ustedes no irán. Es un viaje demasiado largo.
Al advertir nuestra inquietud, agregó de inmediato:
—Pero irán a un lugar mucho más entretenido.
—¿Dónde? —preguntamos los dos al unísono.
—A la hacienda de mi primo Eduardo Jaramillo, que se encuentra más al sur de Santiago.
—¿Quién es ese señor? —preguntó Pilar—. Nunca nos habías hablado de él.
—Ya les dije, es mi primo y mi amigo. Vivió en Santiago en su juventud, pero se casó y fue a hacerse cargo de SU hacienda y vive feliz en el campo. Al saber de la muerte de mi mujer, me escribió invitándonos a pasar el verano con su familia, para que no nos sintiéramos tan solos y ustedes se distrajeran con sus hijos. Como yo debo ir a Concepción, me parece una buena solución dejarlos en su casa y en buena compañía.
—Pero estaremos cerca... —preguntó Pilar.
—No tanto. Su hacienda está a mitad del camino a Concepción. Se encuentra entre la cordillera de la Costa y el mar.
Mi padre era un hombre de acción, de manera que una semana después estábamos en camino.
Acompañados de Felisa, que ahora se preocupaba de nosotros como si fuera nuestra madre, partimos en una enorme y lenta carreta de altas ruedas de madera tirada por bueyes. Un toldo hecho de ramas encorvadas y protegido por una gruesa tela nos resguardaba del fuerte sol. Nuestro equipaje era muy grande: llevábamos nuestras camas y varios baúles de cuero repujado y pintado de vivos colores con la ropa. Además transportábamos diversas herramientas agrícolas que don Eduardo había encargado a mi padre. Pero lo que más nos

retrasaba, era una segunda carreta cargada de rejas de hierro recién llegadas de España. Eran muy hermosas y elaboradas, y se usaban en las ventanas, no sólo como adorno sino principalmente como protección.

Pernoctamos en distintas haciendas de conocidos de papá. La tercera noche, fuimos recibidos en una antigua casa de campo muy grande. Allí tuve que compartir la habitación con Carlos, hijo de los dueños. Desde el primer momento, nos caímos mal.

—¿Sabes que en las bodegas de esta casa hay un fantasma? —me dijo el muchacho en tono misterioso, justo cuando yo, muy cansado por el viaje, empezaba a quedarme dormido.

—No te creo —le contesté algo molesto—. Los fantasmas no existen...

—Claro que existen. Seguro que eres un cobarde y te da miedo ir a ver...

—¡Eso crees tú! ¡Cómo me va a dar miedo algo que no existe!

—Te lo puedo demostrar —me dijo desafiante—.

Vamos ahora y durmamos allí, a ver si eres de verdad valiente.

La curiosidad y el orgullo al sentirme insultado hicieron que se me esfumara el sueño.

A los pocos minutos estábamos en las bodegas iluminados por unas antorchas. Descendimos unas oscuras escaleras, hasta llegar al sótano donde se guardaban las barricas de vino. El lugar era húmedo y lleno de telas de arañas. Yo caminaba adelante para demostrarle a Carlos que no tenía miedo.

De repente me di cuenta de que estaba solo. Carlos se había marchado. Furioso, quise volver atrás y ante mi horror me encontré con la puerta trancada. Estaba encerrado. A los pocos minutos, la antorcha se apagó y me vi envuelto en la más absoluta oscuridad. No me atreví a moverme de la escalera y me acurruqué lo más cerca posible de la puerta. Grité pidiendo auxilio, pero pronto supe que todo sería inútil, pues las bodegas no estaban muy cerca de la casa. Nadie podría oírme. Fue una noche eterna y no pude dormir. Me consolaba pensando en que al día siguiente me echarían de menos y Carlos tendría que confesar su fechoría. ¿Y si no se atrevía a confesar lo que había hecho y no decía nada? ¿Me encontrarían alguna vez? A lo mejor moriría en ese tétrico lugar antes de que me hallaran... Pero entonces volvería a ver a mamá...

Sobreviví. Fui rescatado por la mañana, después de que a Carlos no le quedó otra que reconocer su jugarreta, lo que le valió un castigo de sus padres. Demasiado leve, pensé, para lo que me había hecho. Papá y Felisa pensaban lo mismo, pues en cuanto reiniciamos nuestro camino, ambos exclamaron con vehemencia:

—¡Niño malcriado! Si hubiera sido su padre, habría molido a palos a ese bribón de Carlos —dijo mi padre, furioso.

—Mi niño Alonso podría haber muerto de frío y de terror —agregó Felisa, que casi había enfermado de desesperación cuando no me encontraron en la mañana.

—¡De terror nunca! —interrumpí, orgulloso, mientras mi padre murmuraba melancólico:

—Ni menciones algo así, Felisa. No puedo soportar esa idea... Me

dan ganas de volver a Santiago y dejarlos allí.
Ante la posibilidad de quedarnos solos todo el verano, sin papá, en esa casa llena de recuerdos, repliqué: —No, papá. Tu amigo debe ser distinto.
—Además estoy yo —agregó Felisa—. No me voy a separar de ellos. ¡Puede irse tranquilo, don Javier!
Después de esa desagradable aventura, comencé a desconfiar de cualquier niño desconocido. Y como si fuera poco, tuve que soportar las burlas de Pilar, que no dejó de recriminarme por lo estúpido que había sido.
Tras una semana desde aquel incidente, papá nos anunció *que* estábamos próximos a llegar por fin a nuestro destino: la hacienda Viña Vieja.
A medida que nos acercábamos, el aire comenzó a cambiar. Una brisa cada vez más fresca hacía que el calor fuera más soportable.
—Papá, ¿de dónde sale este viento tan refrescante? —pregunté.
—Viene del mar, que Suaviza la temperatura. Nos estamos acercando a la costa y lo que tú sientes es la brisa marina.
—¿Así es que vamos a conocer el mar? ¡Qué maravilla!
—Muy pronto lo verás y ¡prepárate! Es un espectáculo inolvidable. En estos meses que pasarás aquí vas a poder disfrutarlo.
Nos interrumpió el ruido del galope de unos caballos que se acercaban a nuestra caravana envueltos en una nube de polvo.
Mi padre se puso en guardia así como los hombres que nos acompañaban.
Cuando estuvieron más cerca, mi padre bajó de su caballo, gritando entusiasmado:
—¡Eduardo, amigo mío!
—¡Javier! —exclamó uno de los jinetes recién llegado, deteniendo su cabalgadura.
Ambos se saludaron con un gran abrazo.

Luego, don Eduardo llamó con una seña a un joven que había llegado con él:

—¡Te presento a mi hijo Pelayo!

Aún sentados en la carreta, Pilar y yo nos miramos sonriendo disimuladamente: otra vez aquel nombre que tan extraño nos parecía y que nos recordaba la historia de nuestro antepasado.

Pelayo parecía algo mayor que yo. Su cabello colorín contrastaba con sus brillantes ojos verdes y su piel tostada por el sol. Se notaba que vivía al aire libre. Su ropa también lo delataba: vestía pantalones largos, cubiertos por unas botas de cuero que le llegaban a las rodillas. Miré con envidia sus hermosas espuelas de plata labrada. A pesar del calor llevaba un poncho rojo y azul, y un sombrero de paja protegía su cabeza del sol.

Pese a que me gustó su indumentaria, lo miré con cierta extrañeza: era un simple campesino.

¡Parecía tan distinto a mí y a todos los muchachos que conocía! Yo pertenecía a la ciudad y mis vestimentas eran refinadas, hechas con telas de muy buena calidad.

Físicamente éramos también muy diferentes. Yo, de piel muy blanca, tenía el cabello oscuro y los ojos negros. Mi madre decía que parecían dos trozos de carbón.

Busqué los ojos de Pilar para encontrar apoyo en su mirada, pero, ante mi desconcierto, descubrí que ella lo contemplaba embobada.

Mi padre nos presentó, pero yo no hice ni el menor intento de acercarme a aquel muchacho. Después de la experiencia sufrida en las bodegas, no me quedaban ganas de intimar con un extraño. Él tampoco mostró ningún interés en nosotros.

Al fondo del valle se encontraba la casa patronal. Un polvoriento camino nos llevó hasta una gran muralla de adobe que la rodeaba. Al centro, el pórtico de entrada con forma de arco tenía doble altura y estaba coronado por un techo de tejas de barro rojas.

Inmediatamente junto al portón se alzaba una pequeña casa, que —según supe más tarde— pertenecía a uno de los inquilinos de la hacienda. Estaba rodeada de árboles que le daban frescor y poseía una pequeña huerta muy bien cuidada. Un niño como de mi edad, que se encontraba fuera de la casa, nos saludó en forma respetuosa. Pelayo contestó su saludo alegremente.

—Buenos días.

Seguimos el camino que bajo una hermosa alameda nos llevó hasta las grandes casas de la hacienda, con sus anchos muros de adobe recubiertos con una cal tan blanca *que* resplandecía al sol. La construcción estaba rodeada de espaciosos corredores externos, bajo cuyos aleros había sillas de madera y una gran mesa. Se notaba que ésa era una zona de la casa muy visitada por sus moradores. Al igual que en la mía, hermosas plantas trepadoras le daban frescor.

Una hermosa señora, tan sonriente y acogedora que me hizo recordar a mamá, acudió a recibirnos. Era doña Erna, la madre de Pelayo.

Una vez instalados, con nuestras camas y baúles en las habitaciones que nos habían asignado, mi padre anunció que debía seguir viaje.

—¡Papá! —exclamó Pilar, consternada—. ¿Cómo te vas a ir tan pronto? ¿No estarás con nosotros en Navidad?

—Lo siento, hijita, pero debo aprovechar los meses de calor. No puedo perder ni un solo día.

Nos quedamos con mi hermana solos en aquel lugar desconocido. Nuestro único consuelo era Felisa, que cuidaba de nosotros.

Capítulo II EL MAR

Los dos días siguientes fueron espantosos. Me lo pasaba solo, vagando por los corredores y patios de la casa. Mi única compañía era mama Feli, en quien me refugiaba para pasar la pena y soledad. Pilar, en cambio, se sentía como en su casa. Ayudaba en la cocina y pasaba mucho tiempo junto a doña Erna, que estaba fascinada con ella ya que no tenía hijas. Incluso Felisa se encontraba feliz. Se había hecho muy amiga de Luchita, la mama que había cuidado a Pelayo y que estaba a cargo de sus hermanos menores.

Al tercer día de nuestra estancia en la hacienda, vi desde lejos a Pelayo conversando con su mamá. Por sus actitudes, me pareció que discutían. Y así era, en efecto, pues Pelayo se marchó visiblemente enojado y alegando en voz baja.

Al poco rato, se acercó a mí: —¿Sabes montar? —Sí, un poco.

—¿Quieres que te preste un caballo para que recorramos la hacienda?

—¡Me encantaría! —contesté, cansado de estar encerrado entre tantas mujeres.

—¡Vamos! —dijo sin demasiado entusiasmo.

Me llevó a los corrales, donde en ese momento unos hombres estaban domando caballos salvajes.

Le pregunté si los domadores eran inquilinos.

—No, son jornaleros contratados en el verano. En esta época hay mucho trabajo y se necesita más ayuda.

—¡Y qué bien lo hacen! Son expertos —exclamé impresionado.

Sin contestarme, Pelayo corrió hacia un caballo que estaba listo para ser amansado. Montó en él y, con increíble destreza, se mantuvo en su lomo sin ser derribado durante un largo rato. Finalmente salió despedido y cayó al suelo. Se levantó con rapidez y se acercó a mí,

riendo:
—¡Inténtalo tú! Es más fácil de lo que parece.
—De acuer... —comencé a responder, y me interrumpí porque las palabras se ahogaron en mi garganta.
Él, al verme titubear, insistió:
—¡Vamos, hazlo!
—Es que... no tengo ropa adecuada —dije buscando una excusa.
—Es verdad. Esos pantalones cortos y esas ridículas medias de seda no es lo más adecuado —dijo riendo—. Pero, qué importa. ¿O será que tienes miedo?
Ante estas palabras, me hirvió la sangre y sin responderle me acerqué al caballo, que aún jadeaba y, como pude, me subí.
No alcancé a estar montado ni un segundo. Al primer corcoveo del caballo, volé por encima de su cabeza, con tan mala suerte que me golpeé fuertemente.
Pelayo se acercó inquieto, pero al ver que me ponía de pie, dijo:
—Estás bien, ¿no es así?
—Sí, no fue nada —contesté orgulloso, aguantando un fuerte dolor en la rodilla que me estaba sangrando.
Preocupado, contemplé mis ropas destrozadas... ¿Cómo se lo explicaría a Felisa?
—¿Estás seguro? —volvió a preguntar Pelayo no muy tranquilo.
—Claro que sí —reiteré, mientras me tragaba las lágrimas.
—¿Quieres seguir?
—No, gracias. Prefiero ir a cambiarme. Entonces Pelayo tomó de nuevo el caballo y no insistió.
Volví a la casa y entré sigilosamente hasta mi habitación para que Felisa no me viera en ese estado. Me cambié y limpié la herida. Entonces lloré de desesperación y me sentí más solo que nunca. Lo único que quería era volver a casa y estar con mi madre.
Esa noche, mientras cenábamos, don Eduardo me preguntó:

—¿Cómo lo pasaste hoy?
—Bien —dije secamente.
Doña Erna, dirigiéndose a Pelayo, preguntó:
—¿Qué hicieron?
Antes de que él pudiera contestar, intervine: —Fuimos a ver cómo domaban los caballos. Pelayo es un gran jinete. Montó uno y lo hizo muy bien.
—Espero que tú no hayas montado uno de esos caballos —exclamó doña Erna.
Pelayo me miró suplicante, para que no lo delatara.
—Es impresionante —dije, cambiando el tema—. Don Eduardo, ¿es verdad que esos mismos caballos se usan para la trilla?
El padre de Pelayo, que era un apasionado del campo, inició una larga disertación acerca de los caballos, la trilla y las labores agrícolas. De esta manera, el peligro para Pelayo se esfumó.
Esa noche, cuando me estaba acostando, entró en mi habitación y me dijo:
—Gracias, Alonso, por no haber dicho nada, me salvaste. Me doy cuenta de que jamás debí insistir para que subieras a ese caballo y menos dejarte solo después. Imagino que te meterás en un lío con esas ropas destrozadas.
—No te preocupes. Ya le dije a mama Feli que me había enredado en unas zarzamoras.
—¿Qué te gustaría hacer? —preguntó conciliador.
—Me encantaría conocer el mar.
—Mañana te puedo llevar. Pero, ¿estás seguro de que quieres volver a montar un caballo?
—Sí, pero uno que sea manso —contesté con ironía.
—Te lo garantizo. Podrás montar tranquilo.
Esa noche recé para que Pelayo no se arrepintiera. Dormí feliz, pensando que al fin iba a conocer el mar.

A la mañana siguiente, mientras tomábamos desayuno, Pelayo me dijo:
—Tengo los caballos listos. Pero... —dudó un poco, y prosiguió—: creo que será mejor que te pongas otra ropa.
Me prestó unos pantalones rústicos de cuero curtido, una camisa de tela firme, botas y un poncho.
Me sentí dichoso con este nuevo vestuario, que, a partir de entonces, se convirtió en mi ropa preferida mientras permanecí en la hacienda. El día estaba esplendoroso y, a pesar del sol, corría una fresca brisa marina.
—¿Siempre has vivido en la hacienda? —pregunté a Pelayo mientras íbamos de camino.
—Sí. Aunque nací en Santiago, mis padres se vinieron cuando yo era muy chico. Papá es un enamorado del campo y adora esta vida. También le gusta mucho el mar, tanto que en la caleta hacia donde vamos tiene un pequeño bote en el que sale a navegar.
—¿Y no le da miedo?
—No. Él dice que lleva el mar en la sangre. Mis antepasados, de los que he heredado el nombre, han estado siempre ligados al mar. Incluso tengo un tío que se ha hecho cargo de unos astilleros que mi familia posee en Concepción.
—¡Ah! Mi familia también tiene tierras en ese lugar.
—Claro. Mi padre me contó que nuestros bisabuelos eran íntimos amigos y tuvieron una gran aventura en las tierras de Arauco.
—¡Sí, lo recuerdo muy bien! —exclamé—. Mamá siempre nos contaba la historia de esos dos amigos que se convirtieron en verdaderos héroes al rescatar un valioso tesoro que los piratas habían robado de una iglesia.
—¡Y pensar que cuando nuestros bisabuelos vivieron todas esas aventuras tenían menos edad que nosotros ahora! ¿Cuántos años tienes tú, Alonso?

—Once. ¿Y tú?
—Doce. ¿Y tu hermana?
—Pilar tiene diez.
—Apresurémonos —dijo cambiando de tema—. En un segundo más estaremos junto al mar.
En efecto, íbamos llegando a la cima de una colina y allí quedé como paralizado, mudo de impresión. Ante mis ojos estaba el mar... Esa inmensa extensión de agua de color azul intenso, con reflejos de plata por los rayos del sol, que parecía no tener fin. Había oído que era muy grande, pero verlo era increíble.
Me llamó la atención que el ruido de las olas al chocar en la playa llegara hasta la altura en que nos encontrábamos.
Bajamos por un estrecho sendero para dirigirnos a la pequeña caleta. Dejamos los caballos amarrados a la sombra de un árbol, y rápidamente me quité las botas para correr sobre la arena ardiente hasta llegar al agua. Me saqué la ropa y me lancé al agua. El primer golpe fue impresionante. ¡Estaba heladísimo!
Pelayo me gritó, mientras dejaba su ropa en la playa:
—¡Ten cuidado! El mar es muy peligroso y traicionero. No te alejes de la orilla.
—Yo sé nadar. Mi padre me enseñó en las pozas del río Mapocho, en Santiago.
No tenía intención de alejarme de la orilla, ya que las grandes olas me inspiraron mucho respeto. A pesar de ello, no pude evitar que una me revolcara. Cuando logré salir, medio ahogado y con ganas de vomitar, dije a Pelayo:
—¡El agua es salada!
—¿Y qué esperabas?
—No tenía ni idea de que el mar era salado.
Mientras yo seguía en el agua, Pelayo fue hasta el lugar donde estaba el bote de su padre y volvió con lo que, según me explicó, era una piel

de lobo marino inflada.
—¡Ahora verás lo que es bueno! —exclamó, mientras se internaba en el mar, acostado sobre la piel, y haciéndola avanzar con sus brazos.
Lo miré impresionado, mientras pasaba una ola tras otra, sin que éstas lo revolcasen. Cuando llegó a un punto en que ya no había olas, se dio vuelta hacia la playa. Con espanto vi que Pelayo se acercaba al lugar donde éstas se formaban y se dejaba deslizar por su cresta.
Desde la orilla pude oír sus gritos de entusiasmo.
—¡Es lo mejor del mundo! —Exclamó, mientras salía del agua—. ¿Quieres intentarlo?
A pesar de su insistencia, dejé pasar la oportunidad en esta ocasión. Pelayo repitió la hazaña varias veces. Cuando se cansó, nos instalamos en la playa a comer las apetitosas provisiones que nos habían preparado antes de salir. Después de haber tragado agua salada del mar, la que traíamos en obres de cuero me pareció deliciosa.
Ya atardecía cuando subimos la colina para regresar a casa. Al alcanzar la cima, me volví para contemplar una vez más el sobrecogedor paisaje. En ese momento se vio la silueta de un barco en el horizonte.
—Pelayo, mira, ¿qué es eso?
—Un galeón. Pero, ¡qué raro! Casi nunca se ven por aquí. Menos tan cerca de la costa.
Embobado, me quedé un rato más contemplándolo, hasta que Pelayo me dijo que era hora de regresar, pues nos esperaban en casa.
Durante la cena, relatamos entusiasmados nuestra aventura. Ya a los postres, Pelayo recordó de pronto:
—A todo esto, papá, vimos un galeón muy cerca de la costa.
—¿Cómo?
—Sí, creo que se estaba acercando a tierra.
Don Eduardo no dijo nada más, pero por la expresión de su rostro

me di cuenta de que la noticia del barco lo había preocupado sobremanera y, en cuanto terminamos la cena, se levantó y fue a reunirse con su capataz.
Antes de irnos a dormir salimos al corredor. No se veía ni una sola estrella. Sólo gruesas nubes negras sobre nuestras cabezas.
Pelayo exclamó:
—¡Una tormenta! Qué extraño en esta época. Con razón hizo tanto calor hoy.
No había acabado de hablar, cuando un trueno retumbó y comenzó a llover copiosamente.
Pelayo se internó en el jardín y dejó que la lluvia le empapara la cara. Lo seguí de inmediato y sentí nuevamente en mis labios el sabor de la sal del mar, que aún impregnaba mi cara y que ahora escurría con el agua de la lluvia.
—¡Qué rico! Después del calor que hemos pasado, esto es lo mejor.
Entonces, nos llamaron al interior de la casa, ordenándonos que entráramos de inmediato. Me di cuenta de que los mayores estaban muy nerviosos y de que esa noche se redoblaban las medidas de seguridad. Los gruesos postigos y las puertas fueron trancados con mayor cuidado y oí a don Eduardo ordenar que dos hombres permanecieran armados en el portón exterior.

Capítulo III
APARECEN LOS BANDIDOS

Unos gritos desesperados me despertaron en medio de la noche. Salté de la cama y corrí al pasillo, donde me encontré con Pelayo. Juntos nos dirigimos a la cuadra, pues las voces provenían de aquel lugar. Todos estaban allí y rodeaban a una niña que lloraba angustiada mientras articulaba unas palabras que no se entendían. Doña Erna la abrazó tratando de calmarla al tiempo que don Eduardo le decía cariñosamente:

—Margarita, tranquilízate y cuéntanos con calma... ¿qué es lo que ha sucedido?

—¡Han asaltado mi casa! Unos bandidos entraron a robar. Yo escapé por una ventana. ¡Mamá quería que saliéramos mi hermana Eulalia y yo, pero ella no se atrevió! —contó la niña con frases entrecortadas y muy confundida.

Don Eduardo no tardó ni un instante en reunir un grupo de hombres armados y partir en auxilio de la familia de la niña, no sin antes redoblar la guardia de la casa y revisar ventanas y puertas. Ante mi asombro, le dijo a Pelayo, mientras le entregaba un arma y un saco con pólvora:

—Te encargarás de la seguridad de la familia. No abras la puerta por ningún motivo. Que todos permanezcan en las habitaciones y que nadie salga ni siquiera al amanecer. Deben esperar a que regresemos.

Pasamos toda la noche sin dormir, reunidos en una de las habitaciones. Mientras las mujeres rezaban en voz alta, Felisa nos abrazaba a Pilar y a mí y, aunque me daba un poco de vergüenza que delante de Pelayo me tratara como a un niño pequeño, me sentía protegido junto a ella.

Poco a poco Margarita se fue calmando. Era una niña muy bonita, de

enormes ojos color aceituna y gruesas trenzas negras que le caían hasta la cintura. Doña Erna le prestó ropa de abrigo, ya que había llegado sólo con su camisón.
—¿Cómo te escapaste? —preguntó Pelayo.
—Mientras los bandidos entraban, la mama Elena me empujó por una ventana. Corrí a las pesebreras y monté mi caballo sin ponerle la montura, apenas una cuerda que me sirvió de rienda. Salí galopando en la oscuridad y no sé cómo llegué hasta aquí.
La miré admirado por SU valentía.
El papá de Pelayo no regresó hasta el mediodía. Todos estábamos impacientes.
—¿Qué pasó con mi familia? —gritó Margarita, angustiada.
—Tus padres y tus hermanas están bien —contestó muy cansado.
—¿Atraparon a los bandidos?
—No. Cuando llegamos ya se habían ido, dejándolos amarrados a todos. —¿Y qué se robaron?
—Como siempre, todas las cosas de plata de la casa y además no dejaron nada en la pulpería.
—Menos mal que no le hicieron daño a nadie —comentó doña Erna.
El padre de Pelayo dudó, pero tras una pausa exclamó:
—Por desgracia, hirieron gravemente a Elena. Parece que reconoció a uno de los bandidos y por eso intentó matarla.
Margarita rompió a llorar amargamente.
—¡Pero se va a salvar! ¿Verdad que sí, don Eduardo?
—Sólo Dios sabe —contestó evasivamente.
Cuando terminó de decir estas palabras, escuchamos el ruido de unas carretas.
—Erna —dijo don Eduardo, dirigiéndose a su mujer—, Soledad y sus hijas se quedarán con nosotros hasta que vuelva a organizarse la hacienda y se repare la casa, pues los destrozos han sido bastante

grandes.
Las carretas se detuvieron ante la casa y vi descender a un grupo de mujeres pálidas y demacradas. Margarita corrió hacia su madre y se abrazó fuertemente a ella. La niña miró a su alrededor y preguntó:
—¿Dónde está la mama Elena?
Doña Soledad se inclinó y, volviendo a abrazar a su hija, le dijo con ternura:
—Mi niña, Elena está en el cielo.
—¡No! Don Eduardo dijo que la habían herido, no que la habían matado.
—Cierto, pero las heridas eran muy graves y no resistió.
Margarita lloró con amargura abrazada de su madre. Otro sollozo terriblemente agudo se dejó oír. —¿Quién es la que llora en esa forma? —pregunté a Pelayo.
—Es la hermana mayor de Margarita. Tiene diecisiete años y se casa pronto. ¿Habrán herido a su novio, quizás?
Supimos entonces que ella no sólo lloraba la muerte de mama Elena, sino también la pérdida de su ajuar, pues los ladrones se habían llevado el baúl donde guardaba todo lo que había bordado y preparado, incluso el traje de novia que sus padres habían encargado a España.
—Eulalia, tranquilízate —le dijo su madre, abrazándola—, está bien que llores a Elena, pues la hemos perdido para siempre, pero olvida tu ajuar. Las cosas materiales se pueden reponer.
Eulalia me cayó muy mal desde que la oí llorar con esos gritos destemplados.
Los días siguientes fueron muy extraños. Nos mantuvieron encerrados en la casa, mientras grupos de hombres salían a recorrer los campos en busca de los bandidos. Pero éstos parecían haberse esfumado.

Por otra parte, la casa se llenó de ruidos, pues ante la situación don Eduardo apresuró los trabajos de instalación de las rejas de hierro, que habíamos traído de Santiago para proteger las ventanas.
Pasaron algunos días y considerando que sólo faltaban unas pocas semanas para Navidad, nos permitieron reunimos en la capilla con los hijos de los inquilinos para preparar la celebración del nacimiento de Jesús. Allí estaba el padre Ramón, un franciscano que se encontraba haciendo misiones.
En estas reuniones lo pasábamos muy bien con todos los niños: cantábamos villancicos, ensayábamos representaciones y enseñábamos el catecismo. Pilar y Margarita se habían transformado en nuestras compañeras inseparables. Margarita tenía verdaderas dotes para el teatro. La miraba embobado, ya que me moría de vergüenza de actuar. El final era lo mejor, pues terminábamos siempre con un rico y fresco mote con huesillos.
Después de una semana, los ánimos se fueron apaciguando, ya que no había señal de los bandidos. Entonces, a nosotros nos dieron más libertad y nadie estaba muy pendiente de lo que hacíamos.
Una tarde, vimos aproximarse un coche. Al llegar a la casa se detuvo y descendió un hombre vestido de negro, lo que significaba que se trataba de un funcionario de la corona española. Llegaba acompañado de un niño como de nuestra edad, bastante gordo, de tez muy blanca y cabello rubio y rizado. Cuando lo vi, me dio la impresión de que se estaba asfixiando con esa ropa: sus pantalones de terciopelo verde le llegaban a la rodilla; medias blancas inmaculadas, a pesar del polvo de los caminos; su camisa de seda apenas se podía distinguir, porque sobre ella llevaba un chaleco bordado con hilos de plata, y una chaqueta de terciopelo que hacía juego con los pantalones; sus zapatos eran de charol reluciente con una gran hebilla de plata. Me pareció terriblemente ridículo, olvidando que, aunque

sin tanta ostentación, yo había llegado vestido en forma similar. Don Eduardo salió a recibirlos.
—Buenas tardes. ¿Qué puedo hacer por ustedes? —preguntó cortésmente.
—Buenas tardes. Mi nombre es Recaredo de Póveda. Soy funcionario de su majestad Felipe V —dijo en un cerrado español, y continuó—: Se me ha encomendado la misión de tasar las tierras y elaborar un nuevo catastro para actualizar la cobranza de impuestos. Necesito que me proporcione alojamiento a mí y a mi hijo mientras realizo mi tarea.
—Sea usted bienvenido, señor de Póveda —respondió don Eduardo con amabilidad, aunque se podía advertir cierta tensión en su rostro—. Pero, permítame preguntarle, ¿qué le ha ocurrido a don Ambrosio de Figueroa, encargado de esta misión hasta ahora?
—Ha desaparecido. Se piensa que se casó con una criolla y robó de las arcas de la corona, pues no dio cuenta de las últimas cobranzas de impuestos que debió realizar. Desde hace un tiempo no se ha sabido nada de él —respondió, y agregó en tono despectivo—: Como usted debe saber, a nosotros, los funcionarios reales, nos está prohibido casarnos con una criolla, lo que supone una destitución inmediata.
Don Eduardo se puso rojo, pero conteniendo a duras penas su enojo, comentó:
—Me parece muy extraño. Don Ambrosio siempre se comportó como una persona seria y honorable.
—Para que vea —dijo el funcionario con una cínica risita—, uno nunca acaba de conocer a las personas...
Fríamente, don Eduardo lo interrumpió diciendo:
—Pase usted. Le mostraré su habitación. Desgraciadamente estamos en estos momentos con la casa llena, de manera que sólo puedo proporcionarle una habitación para usted y su hijo.
—Lo siento mucho —respondió el señor de Póveda—, pero

necesito dos habitaciones. Mi hijo Leandro y yo estamos acostumbrados a la privacidad.
Sin poder disimular su molestia, don Eduardo le contestó con frialdad:
—Intentaré solucionarlo. Mientras tanto, esperen en la cuadra.
La solución fue que me mandaron a dormir a la habitación de Pelayo, lo que para nosotros no fue ningún problema. Pero nadie estaba contento con los nuevos huéspedes. Leandro desde un principio fue una molestia. En forma prepotente nos daba órdenes y nos obligaba a jugar a lo que él quería, tanto que apenas podíamos nos escapábamos de él.
Al día siguiente de su llegada decidió que quería ver los caballos y tuvimos que acompañarlo.
—¡Uf! Qué caballos más deformes —exclamó en cuanto los vio—. Tienen las patas cortas y el cuello muy ancho. ¡Deben ser el resultado de una mezcla!
—Te equivocas. Son de la mejor raza del mundo —exclamó Pelayo, indignado—. ¡Son caballos chilenos!
—¡Vil mezcla! Los mejores caballos son los andaluces.
—¿Qué raza es ésa? —pregunté, haciéndome el tonto.
—¿Cómo puedes ser tan ignorante? Mira que no conocer los caballos andaluces.
—La verdad es que nunca he oído hablar de ellos —insistí para fastidiarlo—. ¿Estás seguro de que existen esos caballos?
—¡Qué desgracia para mí haber llegado a estas tierras de incultos!
Mientras conversábamos, me di cuenta de que Pe-layo nos dirigía a un lugar en que se juntaba el guano de caballo para usarlo posteriormente como abono íbamos llegando cuando se nos unieron Pilar y Margarita, acompañadas de Bartolo, un enorme perro de la familia, de aspecto aterrador, aunque en realidad era manso y juguetón.

Cuando Bartolo nos vio, se acercó brincando alegremente. Saludó a Pelayo, poniéndole las patas sobre los hombros y lamiéndole la cara.
—Bartolo, ven, da la bienvenida a nuestro amigo Leandro —dijo luego Pelayo, impulsando al perro hacia el niño.
Éste, con cara de terror, suplicó:
—¡No, no! ¡Por favor, que no me salude!
Pero fue tarde. Bartolo ya se había abalanzado sobre Leandro y le puso sus grandes patas en el pecho, mientras le lamía cariñosamente la cara. El niño dio un paso atrás y cayó cuan largo era sobre el guano aún fresco. El peso del perro hizo que se hundiera sobre el pestilente colchón.
Leandro gritaba angustiado, suplicando que le sacáramos al perro de encima y nosotros no podíamos movernos ni hacer nada por el peor ataque de risa que habíamos sufrido en la vida.
Por suerte para Leandro, Luchita escuchó los gritos desde la casa, así es que acudió corriendo y lo rescató. Luego lo llevó hasta una acequia, lo ayudó a quitarse la ropa y, dejándolo sólo en paños menores, lo sumergió en el agua y lo restregó de cabeza a pies con hierbas aromáticas para intentar sacarle el olor. Mientras tanto, ordenó a las niñas que fueran a buscar ropa limpia.
El suceso terminó con Leandro apartado de todo el mundo. A pesar del baño, ni su padre lo soportaba cerca por el terrible olor que le quedó impregnado.

Capítulo IV LAS TERMAS

Doña Erna, para apaciguar los ánimos, organizó un paseo a unas termas cercanas. Partimos en dos carretones tirados por bueyes. íbamos Margarita, Pilar, Eulalia, Leandro, Pelayo y sus hermanos pequeños, acompañados por doña Erna, doña Soledad, Felisa y Luchita. Además nos escoltaban cuatro peones armados, ya que los mayores aún estaban intranquilos por el asalto de la hacienda vecina.

Apenas salimos, Pelayo me comentó:

—¿Quién será ese peón?

—¿Cuál?

—Ese alto y musculoso. Nunca lo había visto y me extraña que mi padre haya contratado a alguien desconocido.

La madre de Pelayo, que oyó nuestra conversación, intervino:

—Eduardo lo contrató hace un par de días. Traía muy buenas referencias. Incluso parece que fue soldado en la frontera de Arauco y por eso nos acompaña.

No habíamos avanzado mucho en nuestro camino cuando comenzó a despertarse mi apetito debido al exquisito olor que salía de las cestas.

—¡Mmm, parece que hay pan amasado! —dije en voz alta, a ver si los grandes captaban mi indirecta.

—Sí, muy rico y recién hecho —contestó Felisa sin darse por aludida.

—No sólo traemos pan amasado. También, un rico pollo asado, bastante charqui, huevos duros, queso de cabra, unas ollitas de porotos granados para calentar en el fuego... Y para completar, de postre unos exquisitos huevos chimbos, manjar blanco y una limonada —enumeró Luchita, con una sonrisa maliciosa.

—¡No siga! Nos vamos a morir de hambre.

—¿Pero no desayunaste hoy? —preguntó la mamá de Pelayo.
—Sí, pero ya tengo hambre. La culpa la tiene el olor a pan.
Entonces, todos, menos Eulalia, que se sentía mayor, comenzamos a pedir a coro que nos dieran algo. Finalmente, riendo, doña Erna accedió y nos dio un trozo de charqui a cada uno.
Después de un caluroso trayecto por las yermas tierras de secano, en las que sólo se veían vacunos entre los arbustos y los escasos pastos, nos fuimos acercando a unas colinas no muy altas que formaban parte de la cordillera de la Costa. Entramos a una quebrada por la que corría un escasísimo caudal de agua. A medida que avanzábamos y nos internábamos por ella la vegetación se fue haciendo más exuberante y el cauce más abundante. Al seguir subiendo, llegamos por fin a las termas. En aquel kigar la quebrada se ensanchaba y en una de las riberas del arroyo se habían formado unas pozas bastante grandes.
—Pilar, Alonso —nos llamó Pelayo—, metan la mano en el agua.
Nunca habíamos estado en unas termas, de manera que nuestra sorpresa fue grande cuando tocamos el agua de las pozas, ¡estaba muy caliente! Alguien había colocado unas piedras de gran tamaño en su ribera, para poder sentarse y disfrutar del agua.
—Mientras preparamos el almuerzo, pueden aprovechar para bañarse.
¡Qué nos habían dicho! En un santiamén nos desvestimos, quedándonos sólo con nuestra ropa interior, y nos zambullimos.
Pilar gritaba mientras trataba de mantenerse a flote:
—¡Esto es una injusticia!
—¿Por qué alegas? —le pregunté, sin entender por qué protestaba, cuando lo estábamos pasando tan bien.
—Mírame... Estoy que me hundo con todo esto que llevo puesto.
Miré su camisola y sus largos calzones y comprendí lo incómodo que sería bañarse con tanta cosa. Pero de todas maneras, ella también

estaba gozando en el agua.
Al poco rato nos llamaron para comer. Salimos con rapidez del agua y, después de secarnos vigorosamente con unas mantas y de vestirnos con ropa seca, nos sentamos alrededor de una improvisada mesa, montada sobre unos caballetes que llevábamos en los carretones. Teníamos tanta hambre que comimos vorazmente todo lo que había en las cestas. Cuando terminamos con los postres, doña Erna y doña Soledad nos obligaron a descansar un rato a la sombra de los árboles. No era conveniente que saliéramos nuevamente a explorar recién almorzados y con tanto calor. Nos recostamos en la ribera del estero y nos dormimos.
Después de un rato, el calor me despertó. Entonces, sin piedad, remecí a Pelayo:
—Vamos a bañarnos.
—Sí, pero no en las termas. ¡Necesito agua fría!
Caminamos quebrada arriba hasta que llegamos a un remanso. Volvimos a quitarnos la ropa y nos lanzamos al agua. Chapoteamos por mucho rato, muertos de la risa, hasta que nos cansamos y nos recostamos boca abajo en la orilla.
—Y esos agujeros en la tierra, ¿qué son? —pregunté al ver unos pequeños hoyos redondos.
—Son nidos de arañas. ¿Quieres cazar una?
—¡Mmm! Bueno. Pero, ¿cómo lo vas a hacer?
—Es muy fácil —dijo mientras sacaba su cantimplora, la llenaba de agua y la vertía por el agujero. De esta manera inundó el nido e introdujo una vara delgada, dando pequeños golpes.
Al poco rato, una enorme araña salió molesta. Pelayo la tomó y se la posó en el brazo.
—¡Cuidado, te puede picar! —le dije al ver el peludo animal caminando con sus largas patas en dirección a la cabeza de mi amigo.
—No hacen nada, sólo dan cosquillas —dijo poniéndola en mi

brazo.
Instintivamente retiré el brazo y la araña cayó al suelo. Para no quedar mal delante de Pelayo, la recogí.
Al poco rato, me di cuenta de que no hacía nada y la dejé moverse por mis brazos.
Cuando nos vestíamos, sin que lo hubiéramos escuchado acercarse, apareció el nuevo peón junto a nosotros.
—Buenas tardes —nos dijo—. ¿Se encuentran bien?
Sorprendidos, ambos dimos un brinco.
—Estamos bien —respondió Pelayo, y preguntó a su vez—: Y usted, ¿cómo se llama? Nunca lo había visto.
—Me llamo Antonio. No me había visto porque trabajo con su padre desde hace sólo dos días.
—¿De dónde viene? —pregunté curioso.
—Soy de un pueblo cerca de Santiago.
—Yo también soy de Santiago —intervine.
—¿Y qué hace por aquí? —preguntó Antonio.
Aquel hombre me dio confianza, por lo que le conté que mi padre nos había dejado en la hacienda mientras seguía viaje a Concepción.
Cuando terminé de hablar, Antonio preguntó a Pe-layo:
—¿Y usted vive aquí todo el año? —Sí.
—¡Ah! Entonces debe haber conocido a don Ambrosio de Figueroa.
—Sí. Es una pena que ya no esté. Mi padre se avenía mucho con él.
—¿Y cómo les ha ido con el nuevo funcionario, don Recaredo de Póveda?
Pelayo lo miró con rostro extrañado, y con recelo, contestó:
—No lo sé.
—Bueno —dijo Antonio, cambiando el tema—, me alegro de que estén bien. Si necesitan algo, avísenme. Cuando se fue, comenté a Pelayo: —Me pareció bastante simpático. —Sí, pero muy preguntón.

Regresamos sin hacer ningún ruido donde estaban los demás. Despertamos a Margarita y a Pilar y nos alejamos del grupo.
—Miren lo que tengo —les dije mostrándoles la araña que caminaba por mi brazo.
—¡Qué asqueroso eres! —gritó Pilar.
—¡Qué linda! —exclamó Margarita, mientras me la quitaba y la dejaba caminar por su brazo—. A mí me gusta mucho. ¿Cómo se llama?
—Te daré el honor de que la bautices. ¿Cómo quieres llamarla?
—Mmmm... Le pondré Zul.
—Un lindo nombre para una araña —le contesté. Estuvimos jugando un rato con Zul, hasta que Pelayo propuso:
—El pesado de Leandro está durmiendo. Se me ocurre...
Y en secreto nos puso al tanto de sus intenciones.
—¡Pobre Zul! A lo mejor le pasa algo. Leandro es muy gordo y la puede aplastar —dijo Margarita—. ¡Pero, pensándolo bien, hagámoslo!
Nos acercamos a Leandro, que dormía plácidamente bajo un boldo, con la boca abierta, emitiendo fuertes ronquidos.
Pelayo, con mucho cuidado, colocó la araña sobre su cara. Nosotros reíamos por lo bajo y mirábamos cómo Zul se iba acercando a su boca. Leandro, al sentir algo raro, despertó dando un fuerte grito y se pasó la mano repetidas veces por la cara. Zul salió desprendida y se perdió entre la maleza.
Leandro estaba pálido y gruesas lágrimas corrieron por su cara. Cuando lo vimos en ese estado, nuestras risas se fueron apagando.
—¿Por qué me hicieron eso? —preguntó—. Yo no les he hecho nada a ustedes.
Nadie contestó. Leandro se fue al río y vimos cómo se lavaba la cara y se enjuagaba la boca.
—Ahora nos va a ir a acusar —dijo Margarita.

—La verdad es que se nos pasó la mano.
Lo observamos durante un largo rato, pero él no se movió de la orilla.
Como el calor arreciaba, volvimos a tirarnos al agua.
De pronto, Pilar lanzó un grito.
—¡Ay! Me duele mucho el pie.
No alcanzó a decir más, cuando comenzó a hundirse.
Pelayo nadó vigorosamente en su dirección y cuando estaba cerca, se sumergió y la llevó a la superficie.
La sacó del agua medio ahogada, y la depositó con cuidado en la orilla. Después de muchas toses, Pilar comenzó a recuperarse.
—Me sigue doliendo mucho el pie.
—Te ha dado un calambre. Es doloroso, pero se te va a pasar pronto —dijo Pelayo, frotándole la pierna, a pesar de los lamentos de Pilar.
Como ella nos dijo que el dolor estaba pasando, no avisamos a los mayores para evitar preocuparlos.
—Gracias, Pelayo. Casi me ahogo. —No fue nada —dijo éste.
—Sí, fuiste muy valiente —insistió mientras le daba un beso en la mejilla. Pelayo se puso rojo.
Con Margarita nos miramos y nos pusimos a reír. Entonces le dije:
—Vamos a ver cómo está el pobre Leandro.
—Yo me quedo con Pilar hasta que se recupere bien —dijo Pelayo.
Nos acercamos a Leandro, que seguía pensativo en la orilla del río. Le di un palmotazo en la espalda, y le dije:
—¡Ya, no te enojes!
—¿Cómo quieres que me sienta? Ayer me tiraron al guano y hoy me ponen ese bicho asqueroso en la cara.
—Sólo fue una broma —y con tono amistoso, continué—: ¿Quieres venir con nosotros? Aquí cerca vi un peral cargado de fruta.
—Bueno —dijo—, voy con ustedes.
Durante un largo rato, lo pasamos muy bien los tres recolectando y comiendo peras.

Nos llamaron a merendar, y estuvimos largo rato cantando y conversando. Leandro, quien demostró no ser rencoroso, nos contó de su largo viaje desde España hasta nuestro país. La verdad es que me dio bastante envidia: tempestades en el océano, travesías en desiertos y cordilleras... Entonces recordé los escritos que había leído de mi antepasado llamado igual que yo. Emprendió viaje desde la metrópoli hasta Chile, cuando
tenía sólo diez años. Llegó con don Pedro de Valdivia, viviendo increíbles aventuras, mucho más emocionantes que las que narraba Leandro. Pensé entonces cómo me gustaría vivir algo así.

Capítulo V DESCUBRIMIENTO

A la mañana siguiente, doña Erna nos mandó a Pelayo, Margarita, Pilar y a mí a dejar unos encargos a una casa situada en los límites orientales de la hacienda. No llevamos a Bartolo porque en la casa que visitaríamos había perros muy bravos que lo podían atacar. El trayecto era bastante largo, partimos al amanecer, acompañados por José. José era un joven de dieciocho años que vivía en las casas de la hacienda Viña Vieja. Había sido educado por don Eduardo y doña Erna, pues sus padres lo habían abandonado cuando era muy pequeño. Educado y tratado con gran cariño por los padres de Pelayo, se había convertido en el hombre de confianza de la casa. Era muy alegre, simpático y servicial y todos lo querían mucho. Acostumbraba hablar con refranes, lo que resultaba muy divertido.
—Por fin nos zafamos de ese pesado —dijo Pelayo, refiriéndose a Leandro.

—Es igual de insoportable que su padre —replicó Pilar.
—Esa familia no tiene destino. El padre es un petulante y el hijo también, aunque ayer me entretuve con las aventuras que contó.
En ese momento, intervino José, con voz profunda y campechana:
—"A veces sale un potrillo hermoso de un potro sarnoso".
Los cuatro lo miramos intrigados y le preguntamos qué quería decir con eso.
—Que le demos tiempo para que cambie, no tiene por qué ser igual a su padre. ¿Quién sabe si cuando sea mayor resulta una buena persona?
Pilar, recordando su caída en el guano, agregó:
—Me da pena. Pero fue divertido verlo caer al guano. A propósito, ¿para qué lo guardan?
—"En corral viejo no falta guano" —intervino José.

Todos estallamos en carcajadas, y Pelayo dijo:
—Ése sí que lo entiendo: aunque sea repugnante hay que guardarlo, ya que es un muy buen fertilizante.
De refrán en refrán, el tiempo pasó muy rápido, hasta que de pronto nos interrumpieron los ladridos de un perro. Nos acercamos y lo vimos: se estaba comiendo a una oveja.
—¡Qué asco! —exclamó Margarita, al observar esos restos llenos de sangre.
El perro nos gruñó desafiante. José reaccionó rápidamente y le disparó un tiro que no acertó. El perro escapó a toda velocidad.
—¡Qué bruto haber fallado el tiro! —gritó José—. Debemos seguir a ese animal porque está cebado.
—¿Qué es eso? —pregunté.
—Que se acostumbró a matar animales para comer. Es un peligro porque puede acabar con un rebaño entero.
A todo galope emprendimos la persecución. Después de un rato, la marcha se hizo más difícil porque comenzamos a adentrarnos en los cerros. Entramos en un bosque de robles cuya belleza me impresionó. En ese momento, unos pájaros salieron volando con gran alboroto, y José dijo:
—"Bandurrias en el valle, mire, oiga y calle".
Esta vez me impacienté, y le rogué:
—¡José, no hables tan raro! ¿Qué quieres decir?
—Que alguna cosa extraña está pasando en la sierra; los pájaros salieron volando porque algo debió espantarlos. —Y bajando la voz, continuó—: Mejor seguimos con cuidado.
—¿Por qué? —preguntó Pelayo.
—Quizás los ha espantado un puma o algún hombre. Y si es así, puede ser muy peligroso. "A cautela, cautela y media".
—Tienes razón. Después del asalto debemos ir con cuidado —exclamó Pelayo.

—Sí. Los bandidos deben estar por ahí —dije.
Como el camino se fue haciendo cada vez más escabroso, nos bajamos de los caballos y seguimos la marcha a pie.
De pronto, José se detuvo y, bajando la voz, dijo:
—¡Sh...! Oigo voces.
El bosque ya no era tan espeso. Los árboles comenzaron a espaciarse y todo indicaba que estábamos prontos a llegar a un claro.
Nos escondimos detrás de unas rocas y ante nuestro asombro vimos un campamento.
Aproximadamente diez hombres y unas cuantas mujeres se encontraban alrededor de una fogata. En ella hervía un caldero de cobre del que se desprendía un aroma que me pareció exquisito.
De pronto, a Margarita casi se le escapó un grito:
—¡Miren a esa mujer, lleva el vestido de novia de Eulalia!
Pilar le tapó la boca para hacerla callar.
Nos encontrábamos ante los bandidos que habían matado a Elena.
Nos quedamos como petrificados y en profundo silencio, sin poder despegar los ojos de aquel grupo. Instantes después uno de los hombres se fijó en la mujer que se pavoneaba con el lujoso vestido.
—¡Quítate ese vestido, Fresia! —gritó furioso, agregando una sarta de insultos y groserías—. ¿No ves que lo puedes estropear y vale un dineral?... Un vestido tan fino, con tantos bordados... Y ella jugando a la gran dama. ¡Sácate ese vestido de inmediato y ponte tus ropas!
—¡Vamos, Nicanor! No seas tan exagerado. La Fresia sólo nos está divirtiendo haciéndose la señorita —replicó un hombre regordete y tuerto.
—¡He dicho que te lo saques! ¡Yo soy el jefe y te lo ordeno! Y tú, Raúl, nunca más vuelvas a contradecir mis órdenes.
Nicanor era un hombre robusto, de piel muy morena y curtida por el sol. Seseaba al hablar, ya que le faltaban varios dientes. Sus ojos verdes llamaban la atención en contraste con su oscura tez.

Al verlo, Margarita nuevamente tuvo que ahogar un grito:
—¡Es Nicanor, el hijo de mama Elena! ¡Dios mío! No puede ser que él haya matado a su propia madre —exclamó, mientras unas lágrimas corrían por sus mejillas.
—Conozco muy bien al tal Raúl —dijo José en un murmullo. Fue peón en la hacienda hace un par de años. Tu padre, Pelayo, no lo quiso contratar nuevamente por flojo y pendenciero.
Al darnos cuenta de que la situación se estaba poniendo peligrosa, decidimos retroceder para ir a pedir ayuda.
Lo más silenciosamente que podíamos nos fuimos alejando.
—La cosa se está poniendo muy fea —dijo Pelayo—. Las niñas no deben estar aquí, pero no podemos perder a estos maleantes asesinos.
—"Cuida a las mujeres, honra a tus mayores y vela por los menores" —sentenció José y añadió)—: Por aquí cerca hay un lugar seguro donde podrán quedarse todos ustedes y los caballos, mientras yo vuelvo a ver qué planean esos villanos.
—Iré contigo —replicó Pelayo con voz autoritaria—, y Alonso se quedará aquí cuidando a las niñas.
—¿Por qué me tengo que quedar? Yo también voy a ir —dije molesto.
—Vayan los tres, nosotras podemos cuidarnos solas —intervino Pilar.
—¿Estás segura? —le pregunté, algo preocupado, pero feliz de que me diera la libertad de ir.
—Sí. No hay problema.
José nos llevó entonces hasta una cueva oculta y bastante grande, que se formaba entre los peñascos de un pequeño cerro. Allí dejamos a las niñas y los caballos.
Volvimos con todo sigilo a nuestro anterior escondite. Los bandidos habían dejado de comer y ahora estaban enfrascados en la preparación de una pelea de gallos.

—¡Mi gallo es invencible! Ha salido invicto de muchas peleas. Por eso no me despego de él —estaba diciendo uno de los bandidos.
—Sí, pero este otro es muy bravo. Me costó mucho sacarlo del gallinero de la hacienda. No sabes la de picotazos que me dio. ¡Veamos qué sucede!
Lanzaron a los dos gallos a la pelea, y comenzó un espectáculo violento. Las pobres aves se picoteaban mutuamente, mientras los hombres apostaban, gritaban y reían tomando alcohol.
Desde un comienzo se vio que la pelea era desigual. Al poco rato, el gallo robado del corral sucumbió descuartizado por los fieros picotazos de su adversario.
Una vez terminada esa sangrienta lucha, hombres y mujeres, dominados por la borrachera, cayeron en una especie de sopor profundo.
Al verlos inactivos, pensamos que era el momento de ir a dar aviso y pedir ayuda. Pero no habíamos alcanzado a movernos cuando apareció un hombre gritando con un acento francés:
—¿Qué hacen, tropa de vagos? ¿Dónde está Nicanor?
Éste salió de una pequeña tienda hecha con cuero de animales.
—¡Jacques! ¡Qué alegría verte! Hace mucho que te esperábamos.
—He estado trabajando, intentando rescatar parte de la mercadería que cayó del barco al mar en la tormenta. Veo que ustedes lo han pasado muy bien.
—Pero no creas que he estado inactivo —dijo con orgullo Nicanor—. Asalté una hacienda y logré un suculento botín, que aumentará aún más nuestras ganancias.
—¿Qué? ¿Asaltaste una hacienda? —exclamó furibundo el tal Jacques—. ¿Cómo se te ocurrió semejante estupidez?
Nicanor, desafiante y agresivo, respondió: —Yo soy el jefe aquí. Tú perdiste parte del contrabando que traías de Francia. Era necesario mejorar el negocio y tener mercadería para cuando venga el com-

prador.
Cambiando el tono de voz y con ademanes más suaves, preguntó:
—¿Te has podido poner en contacto con él?
Ante nuestro estupor, Jacques contestó:
—Sí. Hace dos días me lo encontré por el camino. Iba hacia Viña Vieja. Ahora se hospeda allí con su hijo. Quedamos en que mañana nos juntaríamos para ponernos de acuerdo en el lugar y la hora para efectuar el intercambio. ¿Dónde crees tú que puede ser apropiado?
—Ya lo tengo pensado. La Encrucijada es el lugar perfecto, es apartado y seguro. Te haré un dibujo de la zona para que sepas cómo llegar.
—Bien. Hagamos un inventario para ver cuánto le vamos a cobrar. Estos españoles son buenos para regatear por lo que debemos tener todos los precios estudiados y decididos —dijo Jacques y, con un tono malévolo, agregó—: En todo caso, si se nos pone difícil, tengo una excelente carta bajo la manga para tenerlo mansito...
Caminaron hacia el lugar donde estaban las cosas, y vimos con asombro cómo las catalogaban. Primero sacaron los artículos de contrabando: ricas piezas de género, bargueños, pequeñas sillas y algunos artículos de oro. Después, el botín obtenido del robo de la hacienda de nuestros amigos: adornos, platería, armas, vestidos y otros objetos de valor.
Luego de ver todo esto, José nos dijo:
—"En la confianza está el peligro". Hemos escuchado todo lo que necesitamos saber. Ahora, alejémonos antes de que nos descubran.
—No. Quedémonos para ver qué pasa. Debemos averiguar dónde es La Encrucijada —exclamé, excitado ante la aventura que estábamos corriendo.
—Sí. Quedémonos —me secundó Pelayo.
—"Ni mesa sin pan, ni ejército sin capitán". Aquí yo soy el responsable, así es que nos vamos —dijo José, autoritario.

Algo reticentes, pero sabiendo que era lo correcto, le hicimos caso, de manera que regresamos al escondite de las niñas, que nos esperaban impacientes.
—¡Por fin! ¿Qué descubrieron? —preguntó Margarita.
—Sí, hablen pronto, por favor —añadió Pilar.
—Ni se imaginan lo que está sucediendo. Los hombres del campamento además de ser los bandidos que robaron en tu casa, Margarita —explicó Pelayo—, están aliados con un contrabandista francés llamado Jacques.
—¿Un francés? ¿Y qué tiene que hacer aquí un francés? —se extrañó Margarita.
—Desde hace un tiempo están viniendo muchos franceses a estas tierras. Recuerden que el rey de España, Felipe V, es Borbón, es decir, pertenece a la casa real francesa —comenté, orgulloso de mi sabiduría.
—Pero el mayor descubrimiento aún no se lo hemos dicho —dijo Pelayo con tono misterioso. —¿Cuál? ¡Habla pronto!
—¿Imaginan quién es el comprador de la mercadería?
—No. Dinos pronto. ¿Quién?
—Don Recaredo de Póveda.
—¡No puede ser! ¡El funcionario del rey!
—Exactamente.
—Pero, ¿cómo lo supieron? —preguntaron las niñas.
Después de que les contamos todo lo que habíamos oído, José dijo:
—Basta de conversaciones y no demoremos más. Debemos volver a toda prisa a la hacienda para contar lo que hemos visto y oído.
Montamos rápidamente y comenzamos a salir del bosque.
Cuando íbamos llegando a la planicie, nos dimos cuenta de que dos hombres nos seguían.

—¡Nos están persiguiendo! ¡Al galope, debemos escapar!
—Vayan ustedes adelante. Cuidaré que esos bandidos no los alcancen —ordenó José.

Capítulo VI DON RECARE DO

Galopamos como si se fuera a acabar el mundo y ya anochecía cuando llegamos a casa, sudorosos, sucios, hambrientos y excitados. Nos esperaba un verdadero comité de recepción, más bien un tribunal: doña Erna, doña Soledad, Felisa y Luchita, todas con cara de preocupación y de enojo
-preguntó secamente doña Erna.
—¿Dónde han estado? -
Exclamó Luchita—.
—¡Y cómo vienen de sucios! ¡Niñas, a lavarse inmediatamente!
—Antes deben explicar qué ha pasado.
—Mamá, no nos vas a creer —exclamó Pelayo, excitado.
—¡Encontramos a los bandidos! —gritó Pilar. —¿Cómo? —dijeron las cuatro mujeres al unísono. —Sí. Es una banda de ladrones que están confabulados con unos contrabandistas —explicó Pelayo.

—Uno de los bandidos es el hijo de la mama Elena —gritó Margarita muy excitada.
—Tenían unas riquezas fabulosas —agregó Pilar.
—El funcionario español es el malvado —interrumpí.
—¡Un momento! ¿Qué están diciendo? —preguntó don Eduardo, que llegaba en ese momento.
Nuevamente comenzamos todos a hablar al mismo tiempo.
—¡Silencio! Niñas, ustedes salgan. Alonso y Pelayo, vengan conmigo a mi despacho.
—¿Pero dónde está José? —preguntó doña Erna—. ¿No debía cuidarlos?
—Se quedó cubriendo nuestras espaldas porque nos perseguían los bandidos.
Finalmente se hizo la calma. Contamos toda nuestra historia a don

Eduardo, quien nos creyó solo en parte, pues al decirle que don Recaredo era el comprador del contrabando y de las cosas robadas, nos hizo callar.
—No, eso sí que no. No pueden difamar a un funcionario real por muy antipático que les parezca. Eso es un disparate.
—Papá. Te prometo que es verdad.
—Lo escuchamos con nuestros propios oídos —exclamé.
—Tienen que haber entendido mal.
En ese momento, un peón nos interrumpió diciendo que había llegado el caballo de José sin jinete.
—A lo mejor lo alcanzaron y lo tienen prisionero —dijo Pelayo, tristemente—, y todo por nuestra culpa. Tenemos que ayudarlo.
—¡Ojalá no lo hayan matado! —murmuré asustado.
—¡Basta! Este asunto queda en mis manos y ustedes no intervengan más.
Minutos después escuchamos un galope de caballos que se alejaba. Era una cuadrilla que, según supusimos, salía en busca de José y de los bandidos. No pudimos hacer nada más ya que nos mandaron a la cama.
A pesar de que intenté esperar despierto el regreso de la cuadrilla, me dormí.
A la mañana siguiente nos levantamos apenas amaneció y salimos corriendo a preguntar por José.
—No hemos encontrado rastro de él ni de los ladrones. Pero sí restos de un campamento en el lugar del bosque que nos señalaron.
—Deben haber escapado cuando nos descubrieron —exclamé.
—No pueden haber ido muy lejos —agregó Pe-layo.
Cuando nos quedamos solos, Pelayo me dijo:
—No nos han creído lo del funcionario, y este sinvergüenza de don Recaredo va a salir libre de todo.
—Sí. Seguro que va a ser así. Pero José está en apuros. "Amigo en

peligro, salvataje ahora mismo" —exclamó Pelayo.
Lo miré extrañado y continuó:
—Algo así habría dicho José.
—¡Vamos inmediatamente a buscarlo! —exclamé.
—¡Un momento! Esto no es un juego. Tenemos que hacer un plan. No podemos salir sin saber a dónde vamos —repuso sabiamente Pelayo.
—Tienes razón —contesté.
Nos sentamos muy serios, decididos a pensar con calma y trazar un buen plan.
En eso llegaron las niñas y las hicimos partícipes de nuestras preocupaciones. Entre los cuatro decidimos que lo mejor sería espiar a don Recaredo y seguir sus pasos. Recordamos que Jacques había dicho a sus amigos: "Quedamos en que mañana nos juntaríamos...".
—Es decir, hoy tiene que juntarse con Jacques...
Si don Recaredo se ponía en contacto con los bandidos, nos llevaría hasta José y si estaba implicado, tendría que actuar pronto porque iba a estar muy pocos días en la zona.
Fue una buena decisión porque en ese mismo momento lo vimos partir en su caballo. De inmediato ensillamos los nuestros y salimos al galope para no perderlo de vista.
Cuando lo divisamos en la lejanía, disminuimos el paso, intentando mantener una distancia prudente.
Don Recaredo se dirigía hacia la costa.
De pronto, Pilar lanzó un grito. Me volví rápidamente y la vi en el suelo.
—¡Ay! —gritaba tocándose la rodilla.
—¿Qué te pasó? —preguntó Pelayo preocupado.
—Mi caballo se espantó y me tiró.
—¡Qué mala idea traer mujeres! Ahora perderemos a don Recaredo —dije impaciente e indignado.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? Tu hermana está herida —exclamó Pelayo.
—Así nunca encontraremos a José —repliqué enojado.
—Nosotros no somos un estorbo. Ya verás cómo nuestra ayuda les va a servir —se defendió Margarita.
—Claro, pero ahora lo vamos a perder.
—Si tu hermana no te importa, sigúelo tú. Yo me quedaré con ella y la llevaré a casa —dijo Pelayo, furioso.
—Iré contigo, Alonso —exclamó Margarita—. ¿Te importa que te deje, Pilar?
—No te preocupes. Con Pelayo estoy bien.
—¡Déjense de parloteos y vamos ya! —dije impaciente, al tiempo que clavaba las espuelas a mi caballo.
A todo galope partimos tras el sospechoso.
Llegamos a un alto de la colina desde donde se divisaba la costa. Don Recaredo había dejado su caballo y bajaba hacia la caleta en que nos habíamos bañado días atrás.
Había una barca en la playa —que no era la de don Eduardo— y, junto a ella, un hombre que reconocí: ¡era Jacques, el contrabandista! Hablaron bastante rato gesticulando con pasión. Desgraciadamente, nos encontrábamos lejos, por lo que no pudimos escuchar ni una palabra de su conversación. Lo que si nos quedó claro es que don Recaredo estaba coludido con los bandidos.
Después de un rato, don Recaredo subió la colina y volvió a montar su caballo. Lo seguimos a la distancia, pues nos dimos cuenta de que regresaba a la hacienda.
Una vez en la casa, contamos todo a Pelayo y Pilar. Por suerte, la herida de mi hermana era muy superficial y Felisa le había vendado la rodilla.
A la hora de almuerzo, don Eduardo comentó:
—Aún no hay noticias de José, pero mis hombres lo están buscando.

—Estos días hay que andarse con cuidado. ¡Hay muchos bandidos por ahí! —exclamó don Recaredo.
Ante estas palabras, Pelayo y yo nos miramos furiosos. ¡Qué cínico!
—Y usted, don Recaredo. ¿Qué hizo esta mañana? —preguntó ingenuamente don Eduardo.
—Estuve inspeccionando la costa. Llegué hasta una caleta. Es importante conocer el territorio que un funcionario real tiene a su cargo.
Pensé entonces en aquel antiguo saber popular: Si vas a mentir, hazlo de manera que tu mentira sea lo más parecida a la verdad. ¡Qué descaro el de ese hombre!
Esa tarde, don Recaredo no se movió de la casa. Nosotros deambulábamos como perros enjaulados. ¡Qué aburrimiento!
Cuando casi anochecía, éste abandonó su habitación. Pensamos que saldría de la hacienda, pero sólo fue a dar un paseo por los campos cercanos.
—Sigúelo tú y yo intentaré entrar en su habitación para ver si encuentro algo que pueda darnos una seña sobre sus intenciones. Silba bien fuerte si se acerca —le dije a Pelayo.
—No lo hagan. Es muy peligroso —suplicó Pilar.
—¿Qué pasaría si aparece Leandro? —dijo Margarita.
—Ustedes pueden entretenerlo —insinué.
Con el mayor silencio posible, abrí la puerta de la habitación que usaba don Recaredo. Ésta se encontraba en penumbra, por lo que me costó llegar hasta el bargueño. Sobre él había algunos papeles. Los ojeé, pero no hallé nada que me diera algún indicio del negocio en que estaba implicado. Abrí uno a uno los pequeños cajones del mueble. En eso estaba, cuando escuché un silbido de Pelayo.
Salí rápidamente de la habitación con el corazón agitado y fui a reunirme con las niñas, que conversaban animadamente con Leandro.
Por la noche me costó mucho dormir, ya que quedé con la sensación

de haber dejado un cajón abierto. ¿Se daría cuenta don Recaredo de que alguien había estado husmeando en su habitación?
A pesar de que no avanzamos mucho en nuestra investigación, teníamos el presentimiento de que íbamos por buen camino.

Capítulo VII LAS CAVERNAS

A la mañana siguiente, durante el desayuno, decidimos llegar hasta la playa para investigar.
—Papá, queremos ir a la caleta para llevar a las niñas, que no la conocen. Pilar jamás ha visto el mar —declaró Pelayo, lo que era verdad, pero no toda la verdad.
—¡Mmmm! ¿No será muy peligroso? Como van las cosas, mejor esperen unos días.
—Por favor, déjanos. Nosotros las cuidaremos. Hemos estado demasiado encerrados. Queremos bañarnos y tomar aire.
Doña Erna intervino:
—Yo no puedo acompañarlos porque debo ir a ver al hijo de Panchito y la Juana que está con fiebre muy alta desde hace tres días. Además, con todos estos sucesos he dejado de lado a los inquilinos y las misiones que está haciendo el padre Ramón.

Al oír estas palabras, todos pensamos que nuestro plan estaba arruinado. No nos dejarían ir. Pero doña Erna agregó:
—Sin embargo, creo que sería bueno que los niños cambiaran un poco de aire... Yo los dejaría ir, pero siempre que lo hagan acompañados.
Saltamos todos a la vez agradecidos.
—¡Gracias, mamá!
—¡Gracias, doña Erna!
—Está bien —dijo don Eduardo—, pero además llevarán a Leandro. Lo único que hace ese niño es dar vueltas y molestar a los trabajadores.
—¡Eduardo! —exclamó doña Erna—, no seas tan despectivo. El pobre niño está desorientado en casa ajena y siempre lo dejan solo.
—Pero, papá, Leandro está durmiendo. ¿Cómo lo vamos a despertar?

—dijo Pelayo, tratando de evitar que nos obligaran a llevarlo.
No nos hacía ninguna gracia que viniera con nosotros, pues estropearía todos nuestros planes. Pero, para nuestra mala suerte, justo en ese instante apareció.
—¡En qué momento más oportuno te presentas! ¿Te gustaría ir a la playa con los niños? —preguntó don Eduardo.
—No sé. Tengo que pedir permiso a mi papá y le molesta muchísimo que lo despierten.
—No te preocupes. Yo le diré que saliste de paseo.
Doña Erna, poniéndose de pie, intervino:
—Voy a decir que les preparen un exquisito almuerzo.
Muy malhumorados, salimos con Pelayo afuera: —¡Qué lata! No podremos hacer nada con el pesado de Leandro metiendo sus narices —dijo Pelayo—. Y, además, quizás a quién van a mandar para que nos vigile... ¡Estoy aburrido de que nos traten como niños pequeños!
—Vamos igual y de alguna manera nos zafamos de ellos. Además, lo vamos a pasar bien bañándonos en el mar —dije, intentando ser optimista.
—Pero tenemos poco tiempo para desenmascarar a los bandidos y encontrar a José.
—Sí, pero contra las órdenes de los mayores no podemos hacer nada. Además, Pilar no conoce el mar.
Al poco rato partimos junto a Antonio, el preguntón.
Cuando íbamos en camino, le dije a Pilar, con voz de experto:
—Prepárate para lo que verás.
Cuando divisamos el mar, miré su cara de asombro. Ella exclamó entusiasmada:
—¡Qué cantidad de agua! Es inmenso. Es tan brillante que parece un manto de plata.
—¿No te dije que te sorprenderías? Pero la verdad es que el manto de plata no lo veo... —le dije, burlándome de ella.

Dejamos los caballos en el mismo lugar que la vez anterior y bajamos a la caleta.
Una vez en la playa nos metimos al agua. Las niñas y Leandro se quedaron en la orilla, mojándose los pies y gritando de frío. En cambio nosotros nos tiramos entre las olas.
—¡Cuidado, se van a ahogar! —gritaba Pilar.
Sin hacerles caso, continuamos capeando las olas como si fuéramos dueños del mar.
Al poco rato, cuando ya no aguantamos más el frío, salimos con los labios azulados e intentamos secarnos tendidos al sol.
—¡Miren! La arena se está moviendo —gritó Leandro.
—No te preocupes. Son jaibas —le respondió Pe-layo.
—¿Y qué son las jaibas? —preguntó Pilar.
—Unos animales marinos que son exquisitos. ¡Mmmmm! Aunque cuesta un poco agarrarlos, porque tienen unas tenazas que aprietan muy fuerte —dijo Pe-layo mientras veíamos aparecer una.
La miré con curiosidad. Sus dos tenazas se mostraban amenazantes y sus ojos saltones parecían salir del caparazón.
Pelayo se acercó a ella con cuidado y con gran destreza la tomó, y gritó:
—Hay muchas. Si reunimos un buen número, nos podemos dar un banquete.
Comenzamos a recogerlas cuidadosamente y las fuimos dejando en el bote. No era una tarea fácil, ya que cuando las íbamos a tomar, se escondían en la arena húmeda.
—Antonio, ¿podrías encender una fogata para cocerlas, por favor?
—Sí. Lo hago inmediatamente, pero ¿tiene algún recipiente para hervir el agua?
—No pensé en eso —dijo Pelayo, decepcionado.
—No se preocupe. Yo veré cómo me las arreglo.
En eso, un agudo grito interrumpió nuestra conversación.

—¡Ay!
—¿Qué sucede? —preguntó Pelayo. Vimos a Margarita que agitaba la mano para zafarse de una jaiba. Ésta le aprisionaba el dedo pulgar con
todas sus fuerzas. Finalmente, cuando el cangrejo la soltó, Margarita dejó de gritar y comenzó a llorar, aunque por suerte no tenía ninguna herida. Le llevé un poco de agua para que pusiera el dedo.
—¿Te calma un poco el dolor?
—Sí, muchas gracias —dijo ella, esbozando una pequeña sonrisa, aunque aún había lágrimas en sus ojos.
Al poco rato, Antonio nos llamó. Tenía las jaibas cocidas y nos sentamos alrededor de la fogata dispuestos a probar este manjar del que hablaba Pelayo. Realmente eran exquisitas, pero no era nada fácil partir sus fuertes tenazas y su grueso caparazón. Había que trabajar bastante para comerlas.
Después de estar un rato tendidos en la arena contando aventuras sobre picaduras de animales, decidimos ir a explorar un roquerío situado en el extremo sur de la caleta. Era muy divertido andar entre las rocas y las pozas de agua, haciendo equilibrio para no caer y, a la vez, esquivando las olas que reventaban a nuestros pies.
—Por aquí cerca hay unas cuevas submarinas. ¿Vamos a explorarlas?
—¿Submarinas? Estás loco. Nos ahogaremos.
—No. Adentro hay aire. Sólo hay que contener la respiración un pequeño trecho y llegas a las cavernas. Yo no voy desde el año pasado y es emocionante.
La curiosidad pudo más que mi temor y dije que sí. Margarita y Pilar nos miraron como si realmente estuviéramos locos y Leandro se excusó de acompañarnos diciendo que le dolía el estómago. Los tres volvieron a la playa.
Pelayo me dijo:
—Antes de sumergirte, aspira la mayor cantidad de aire que puedas y

trata de contenerlo lo más posible. Y, lo más importante, no dejes de seguirme.
Nos tiramos de cabeza al agua. Para seguir a Pelayo, debí mantener los ojos abiertos bajo el mar. Nos metimos en un pequeño túnel. Sentí una gran angustia al ver que se me estaba terminando el aire y no llegábamos a las cavernas. Cuando pensé que me iba a ahogar, Pelayo comenzó a emerger. A los pocos segundos pude respirar libremente y sentí un gran alivio.
Entre jadeos y medio ahogado, increpé a mi amigo:
—¡Idiota! ¡Casi me matas! Si esto es fácil para ti, no lo es para mí. No sé cómo lo haré para salir.
—No te preocupes. Si entraste, saldrás. A menos que quieras quedarte aquí toda tu vida —dijo burlón. Su voz sonaba aún más displicente por efecto del eco que la hacía retumbar.
Muy enfadado, salí del agua y me encaramé en las rocas que formaban la caverna. Por el techo entraba un haz de luz. Era un lugar espectacular.
Pelayo me explicó:
—Los rayos entran gracias a que la marea está baja. Cuando ésta sube, el agua inunda la caverna, por lo que nos debemos ir antes de que esto suceda.
Estas palabras me inquietaron aún más.
Caminé tras Pelayo y de repente resbalé y caí sentado sobre la roca.
—¡Cuidado! —me dijo Pelayo—. El suelo es muy resbaloso.
—¡Pudiste habérmelo advertido antes! —refunfuñé, adolorido.
—Ya, no reclames más y vamos a explorar. —Ve tú. A mí esta aventura no me gusta. Hazlo rápido y salgamos de aquí. Pelayo se alejó.
No había pasado un minuto, cuando sentí un grito que retumbó fuertemente.
A pesar del dolor, me levanté y cuidando mis pasos fui hacia donde se

encontraba Pelayo.
—¿Qué sucede?
Con voz temblorosa, respondió: —Mira lo que hay aquí.
Con horror vi el cuerpo de un hombre. Apenas se podía distinguir su rostro, ya que estaba muy hinchado y su carne se veía escamosa y desprendida de los huesos.
—¡Salgamos de aquí! —grité desesperado.
Nos tiramos al agua. Sin preocuparme del túnel y de que me podía ahogar, buceé a una velocidad increíble.
Cuando salimos al aire libre, Pelayo me dijo jadeante:
—Vamos a buscar a Antonio.
Al acercarnos a la playa lo vimos junto a Leandro y a las niñas construyendo castillos de arena.
Ante nuestros gritos Antonio se levantó rápidamente y corrió hacia nosotros.
—¿Qué les pasa? Están pálidos —manifestó.
—Encontramos un muerto —proferimos ambos a la
vez.
—¡Calma, calma! Empiecen por el principio, ¿qué les ha sucedido? ¡Cuéntenmelo todo!
Atropelladamente, le narramos nuestro macabro descubrimiento.
—¡Voy a ver! Muéstrenme dónde es.
—Pero está subiendo la marea —advirtió Pelayo.
—No importa, iré rápidamente.
Ante mi asombro, mi amigo exclamó:
—Yo lo acompañaré.
—No, puede ser peligroso.
—Pero usted nunca sabrá cómo llegar.
—Está bien, tiene razón. Pero debemos hacerlo rápido. —Y dirigiéndose a mí, dijo—: Alonso, usted deberá encargarse de cuidar a los demás.

Éstos se habían acercado y oído parte de la conversación. Cuando Antonio y Pelayo se lanzaron al agua, les conté lo que había sucedido.
—¿Cómo es un muerto? —me preguntó Margarita.
—No es nada agradable —dije, evadiendo la respuesta.
Nos sentamos en las rocas a esperar. Al hacerlo, las consecuencias de mi dolorosa caída se notaron nuevamente, por lo que me puse de pie y comencé a pasear.

Capítulo VIII TRAS DON RECAREDO

Después de un rato de espera, regresaron Antonio y Pelayo, temblorosos y pálidos.
—¿Lo encontraron? —pregunté. —Sí, no se había movido de donde lo dejamos —respondió Pelayo irónico y dirigiéndose a Antonio, pregunte)—: ¿Qué sacó de entre sus ropas?
Sin contestarle, ordenó secamente: —Vayan a recoger las cosas para irnos. Ante esta exclamación autoritaria no nos atrevimos a desobedecer, a pesar de que él era un peón. Susurré a Pelayo:
—Algo raro está pasando. Anda con los otros y yo espiaré a Antonio.
Pelayo, reticente, me dejó el papel protagónico. Antonio se sentó detrás de una roca, y abrió un gran medallón que parecía de plata. Sacó un papel y lo comenzó a leer.

Me extrañó mucho que supiera leer, ya que por lo general los peones no sabían hacerlo.
En ese momento me vio y me gritó:
—¡Ve a buscar a Pelayo!
Extrañado corrí en busca de mi amigo.
Una vez reunidos los tres, Antonio manifestó con cierto aire de autoridad:
—Niños, voy a confiar en ustedes. Lo que está sucediendo es muy serio. La verdad es que yo no soy un peón, sino un funcionario real, encargado de investigar la desaparición de don Ambrosio de Figueroa.
—Pero... ¿No es que se casó y fue acusado de robo?
—Eso se ha dicho, pero hay serias dudas de ello, porque fue siempre un funcionario recto. Por eso, me mandaron a aclarar el asunto.
—Cambiando el tono de voz, miró a Pelayo y continuó—. Siento

decirlo, jovencito, pero el principal sospechoso de su desaparición hasta ahora era tu padre.
Pelayo saltó como una fiera.
—¡Embustero!
—Calma. He atado muchos cabos que acreditan su inocencia y más aún hoy día —dijo y, tras una pausa, continuó—: El cadáver que encontraron es el de don Ambrosio.
—¿Cómo lo sabe si apenas podía reconocerse?
—Encontré este medallón en su cuello. Lleva su nombre y dentro, detrás del retrato de una dama, un documento. En él queda claro que tu padre es inocente.
A pesar de nuestros ruegos, no quiso decirnos más del asunto, pero nos advirtió:
—No hablen de esto a nadie sin mi permiso, y menos a Leandro.
—¿Por qué Leandro? —pregunté.
—Porque tengo la sospecha de que su padre está implicado.
—¡No me extraña nada! —exclamó Pelayo—. Hemos visto a don Recaredo en muchas actitudes muy sospechosas.
—¡Expliqúense! —ordenó con gran seriedad.
Le contamos detalladamente nuestras aventuras en las montañas. También el encuentro de don Recaredo con el contrabandista, Jacques, en esta misma playa.
—¿Usted nos cree? —pregunté.
—Sí, todo calza.
—¡Qué bueno, porque mi padre no nos creyó! —manifestó Pelayo.
—Éste es un asunto peligroso. No es un juego de niños. Pero ustedes están tan metidos en este feo asunto que los necesito para aclarar las cosas. Actuaremos en equipo.
—Muy bien —expresó Pelayo eufórico—, debemos solucionar este misterio para que el nombre de mi padre quede limpio.
Antonio ordenó:

—Vayan ustedes a la casa. Avisen del cadáver. Asegúrense de que don Recaredo venga con el grupo de ayuda. Mientras tanto, vuelvan a revisar su habitación a ver si encuentran alguna pista.
—Pero es que...
—¿Qué sucede?
—Me sentí incómodo la otra vez al revisar su habitación y meterme en lo ajeno.
—Sí, muchacho. Tienes razón, no se debe violar la intimidad ajena, pero en este caso se justifica que lo hagamos porque hay vidas en juego.
Antonio se quedó en la playa. Mientras, volvimos galopando a la casa.
Llegamos sudorosos con los caballos jadeantes.
Margarita y Pilar gritaban excitadas:
—¡Encontramos un muerto!
Ante estos gritos, todos los de la casa salieron.
Cuando le explicamos lo sucedido a don Eduardo, éste ordenó:
—No salgan por ningún motivo. Iré a ver de qué se trata.
—Yo también voy. Éste es un asunto que compete a un funcionario real —sostuvo don Recaredo.
Con Pelayo nos miramos complacidos al oír estas palabras.
—También yo voy, papá —exclamó Leandro. —Estás loco. Sólo eres un niño. Quédate aquí. Leandro, humillado y rojo de rabia, se alejó. Por primera vez me quedé feliz, viendo al resto partir.
Varios hombres, por precaución, comenzaron a cerrar la casa. A pesar de que las ventanas se hallaban protegidas por las rejas, éstas fueron trancadas por los postigos. Entonces, aunque era de día, todo se oscureció. Tuvimos la extraña sensación de estar encarcelados.
Nos fuimos directo a la habitación de don Recaredo, dispuestos a hurgar hasta hallar algo. Pero al intentar abrir la puerta, nos encontramos con que ésta estaba con llave.

—¡Maldición! ¿Qué haremos ahora? —preguntó Pe-layo, abatido.
—Buscar la llave rápidamente —afirmé en forma práctica.
—¡Claro! —rió sarcástico Pelayo—, el llavero se pasa el día durmiendo, pero ahora está con más trabajo que nunca cerrando la casa.
—¿Crees tú que le podremos arrebatar la llave?
—Nunca. Es muy celoso de su trabajo. Eso te lo puedo decir por experiencia. Cada vez que he intentado pedirle las llaves de la despensa, he sido derrotado.
—¡Debemos entrar! ¡Piensa en algo!
Tras un momento de silencio, gritó:
—¡Los ratones!
—¿Qué...?
—En el entretecho hay tantos ratones que mi padre mandó colocar algunas trampillas en los techos de las habitaciones. Éstas sirven para meter a los gatos que deben cazar a los ratones. Estoy casi seguro de que en la habitación de don Recaredo hay una.
—¡Vamos! —exclamé entusiasmado.
—¡No tan rápido! Tenemos que conseguir una escalera y buscar una habitación cercana que tenga trampilla. Además, necesitamos una soga que nos permita descender del techo.
La cuerda fue fácil de hallar, pero no encontramos una escalera por ningún lado. Decidimos entonces buscar la habitación con trampilla que estuviera más cercana a la del español. Una vez allí veríamos qué podíamos hacer.
Pero en un principio no logramos nada porque todas las habitaciones estaban ocupadas. Desesperabamos cuando ¡nos salvó la campana! El padre Ramón llamó a reunirse en la capilla para rezar por el difunto. Todos acudieron al llamado y nosotros tuvimos libertad de acción. Entramos a la habitación que ocupaba la mamá de Margarita. La trampilla se encontraba en un rincón.

—Mira, Pelayo. ¡Qué suerte! El ropero está muy cerca. Sólo tenemos que correrlo.
Lo hicimos con gran esfuerzo y, una vez arriba de él, nos dimos cuenta de que ni aun así llegábamos al techo.
Con gran agilidad, Pelayo se bajó y tomó una silla. Empinado sobre ella y con un gran impulso, llegué a la trampilla y la abrí. Una vez en el oscuro entretecho, ayudé a Pelayo a subir.
El lugar era tenebroso. Los ojos se nos acostumbraron al poco rato a la oscuridad. Apenas entraban unos débiles rayos de luz por las tejas corridas del techo. Era tan estrecho, que debimos ir a gatas.
—¡Ah!
—¿Qué pa...? ¡Ah!
Varios ratones enormes pasaron entre nuestras piernas y brazos. Incluso me rozaron la cara con sus cuerpos peludos.
—¡Qué asco! ¿Qué eran? —pregunté a Pelayo.
—Enormes ratones. ¡Si algún día nos falta qué comer, ya sabes dónde venir a cazar! —dijo Pelayo, riendo.
—¡Cómo puedes ser tan repugnante!
Tanteando el suelo, por fin encontramos la trampilla.
—¿Será ésta?
—Levantemos la tapa.

Lo hicimos con todo cuidado y miramos hacia abajo. Nos habíamos equivocado: estábamos sobre la habitación de los padres de Pelayo.
—¡Qué tonto soy! —exclamó Pelayo—. Tomamos la dirección contraria.
Dimos la vuelta y Pelayo dirigió la marcha.
Por fin encontramos la trampilla correcta. Amarramos la cuerda a una viga y, con una suerte inmensa, nos deslizamos hasta el ropero que estaba justo bajo nosotros. Descender del ropero, a pesar de lo alto que era, fue más sencillo.
—¡Mira lo que traigo para dejárselo de regalo a don Recaredo! —exclamó Pelayo muerto de la risa, mientras me enseñaba una cría de ratón que traía en su bolsillo.
—¡Es asqueroso pero genial! ¿Dónde se la podemos poner?
—En su cama. Va a estar calentito entre sus sábanas.
Después de acomodar el ratón, nos dedicamos a buscar con gran prolijidad, intentando no dejar rastro de nuestra intromisión.
—Pensemos, ¿dónde podríamos guardar algo secreto en esta habitación? —dijo mi amigo.
—Dentro del brasero se quemaría... debajo de la cama lo

encontrarían al hacer la limpieza... encima del ropero ya buscamos... —enumeré mientras seguía pensando, hasta que, de pronto, súbitamente inspirado, exclamé—: ¡Detrás del espejo!

Con mucho cuidado, lo separamos un poco de la pared y algo resbaló hasta el suelo tras la cómoda sobre la cual se encontraba el espejo. En menos de un minuto, teníamos un legajo de papeles en nuestras manos. Los examinamos detenidamente. Luego de desdoblar uno de ellos, Pelayo exclamó:

—¡Es un mapa! Seguro que se trata de La Encrucijada, donde se reunirá con los contrabandistas. ¡Es el lugar perfecto! ¡Lo conozco! Está muy cerca de un camino poco transitado, justo en el límite de nuestra estancia. Hace unos años unos pirquineros, pensando que allí había oro, cavaron unas cuevas. ¿Qué mejor escondite?

—¿Qué hacemos? ¿Podremos copiarlo? —pregunté.

—No es necesario —me respondió Pelayo—. Conozco perfectamente el lugar y puedo hacer el plano de memoria para entregárselo a Antonio.

Ya no teníamos nada más que hacer. Sólo salir de la habitación y eso era lo más difícil. Podíamos abrir por dentro, levantando el picaporte que sujetaba una de las hojas de la puerta, pero eso significaba que la tendríamos que dejar abierta, lo que alertaría a don Recaredo. Sin embargo, ésa no era la mayor complicación. No podíamos dejar la trampilla abierta y la cuerda colgando. De manera que no había más remedio que volver por el mismo camino. Además, también debíamos arreglar el desorden que habíamos dejado en el cuarto de doña Soledad. Y teníamos que hacerlo rápido, antes de que se terminaran las oraciones fúnebres en la capilla.

—Iré primero —dijo Pelayo, acercando una silla para subir al ropero—; tengo bastante práctica en trepar apoyado sólo en una cuerda. Después, subes tú. Dejemos la silla junto al ropero, no creo que don Recaredo advierta que no está exactamente en el lugar que la

dejó.
Así lo hicimos. Pero cuando ya Pelayo comenzó a trepar sólo apoyado en la cuerda, lo vi seguir con gran esfuerzo el trecho que faltaba para alcanzar la salida. Me asusté pensando en si yo sería capaz de lograrlo.
—Ahora te toca a ti —me dijo—, sube al ropero y luego yo te ayudaré desde aquí.
Antes de subir, miré la habitación. Todo estaba en orden y lo único que faltaba era que saliéramos de allí. Una vez sobre el ropero, me aferré a la cuerda.
—Eso es —me dijo Pelayo—, sujétate bien con las manos y los pies. Yo iré tirando de la cuerda para que subas más rápido.
No sé realmente cómo lo logré. Sentía que no podía más. Me dolían las manos y me costaba mucho separarlas de la cuerda, una después de la otra para ir subiendo. Ayudado por Pelayo llegué arriba mucho más rápidamente de lo que pensaba. Subimos la cuerda, pusimos la trampilla en su lugar y en un par de minutos nos encontramos en la habitación de doña Soledad. Bajamos la silla que habíamos subido al ropero, lo empujamos para dejarlo en su lugar y salimos.
Sólo nos quedaba esperar que don Recaredo no se diera cuenta de que habíamos estado allí.

Capítulo LX

COMPLICACIONES

Llegamos a la cuadra donde estaban todos reunidos. La oración en la capilla había terminado, por lo que doña Erna, intentando relajar el ambiente, propuso jugar a las adivinanzas.

—¿Dónde han estado? ¿Y Leandro? ¿No estaba con ustedes?

—¿Leandro? No lo hemos visto desde que llegamos de la playa —contesté.

—¿Han sabido algo de papá? —preguntó Pelayo. —Aún no —respondió doña Erna, y pensativamente, insistió—: Me preocupa Leandro. ¿Por dónde andará ese chiquillo?

—No se preocupe, mamá. Nosotros lo buscaremos —dijo Pelayo.

—¡Nosotras también iremos! —exclamó Pilar. Buscamos por todas partes, pero Leandro no apareció. Volvimos entonces donde doña Erna y ésta, muy nerviosa, nos interrogó:

—Piensen, ¿cuándo lo vieron por última vez?

—Antes de entrar a la casa —contesté.

—Sí. Le estaba suplicando a su padre que lo dejara ir con él —declaró Margarita.

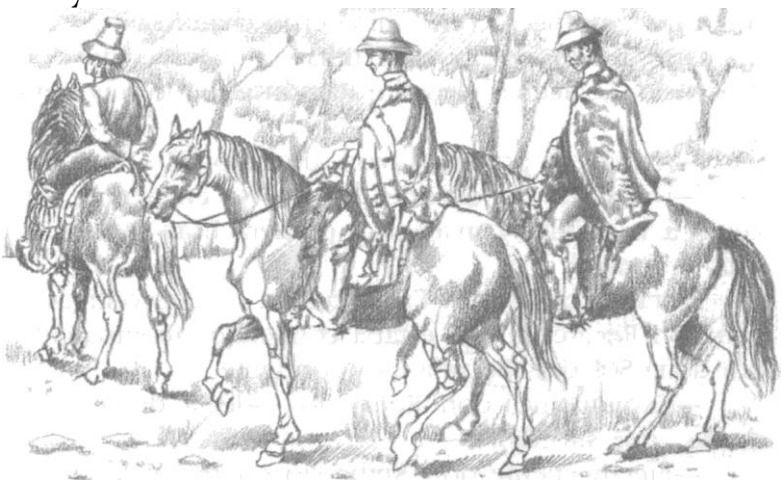
—Se enojó mucho cuando don Recaredo no lo quiso llevar. A mí me dijo que quería ver al muerto, que nunca le tocaba participar en lo emocionante —recordó Pilar.

—¡Dios mío! Debe haberse escapado. ¿Qué haremos ahora?

—Tranquila, mamá. Iré a ver si su caballo está en el corral. Si está allí, lo buscaremos por los alrededores, ya que no puede haber ido muy lejos caminando. De lo contrario ya debe estar con los que fueron a la playa y no nos queda más que aguardarlo aquí.
—Está bien. Díganle al llavero que les abra y que los acompañe. No quiero más sobresaltos.
Fuimos los cuatro corriendo. Encontramos al llavero como de costumbre echado en una silla delante de un vasito de vino. No le gustó mucho la idea de tener que ponerse de pie y salir de su modorra.
Con mucha pausa, fue a abrir la puerta principal. Impaciente, quise arrebatarle la llave, pero me contuve.
Finalmente, la puerta se abrió.
El atardecer estaba espectacular. El declinar del sol ofrecía una luz rojiza muy bella.
De pronto, el graznido de varias aves llamó nuestra atención.
Al verlas, comenté:
—Miren esos pájaros negros que vuelan en círculo. —Son jotes —dijo Margarita—, seguro que por ahí hay un animal a punto de morir.
—¿Qué tiene que ver? —preguntó Pilar.
—Son aves carroñeras, que se alimentan de cadáveres. Cuando ven a un animal moribundo, lo rondan volando hasta que fallezca.
—¡Miren! Allí hay un bulto. ¡Vamos a rescatar a ese pobre animal antes de que se lo coman esos pájaros horribles! ¡No podría soportarlo! —exclamó Pilar, corriendo hacia él.
Fuimos todos tras ella. De pronto lanzó un estridente grito y se detuvo en seco: —¡Es un hombre!
Pelayo y yo nos acercamos. El hombre se encontraba de espaldas y muy ensangrentado. Sus ropas estaban hechas jirones y mostraba profundas heridas en su carne. Cuidadosamente lo dimos vuelta.

Ante nuestra sorpresa, reconocimos a José.
Pelayo gritó agitado:
—¡Vayan a la casa a buscar ayuda! ¡Pronto! ¡Traigan un carretón para llevarlo adentro!
Las niñas corrieron en busca de socorro.
José abrió los ojos por un momento, y murmuró:
—¡Me persiguen!
Aterrado, miré en rededor, pero no se veía rastro humano.
—¡No te preocupes, ya se han ido! Estás a salvo —le aseguré para tranquilizarlo.
—¡Se lo llevaron! Los vi cuando huían. ¡Pobrecillo! —dijo el herido con un hilo de voz.
—¿A quién? —pregunté.
—A Lea...
José no alcanzó a terminar la frase y se desmayó. Al poco rato José estaba dentro de la casa y nosotros a salvo y bien custodiados. Entonces agradecí los gruesos muros, las rejas, postigos y los hombres armados, ya que el peligro rondaba cerca. ¡Si supiera mi padre dónde nos había dejado!
De inmediato, las mujeres se hicieron cargo de José. Ellas limpiaron cuidadosamente sus heridas y lo vendaron, pero el pobre joven no despertó aquella noche, de manera que no pudimos tener más noticias de su cautiverio.
Al poco rato escuchamos acercarse el galopar de los caballos.
—¡Es el patrón que llega! —exclamó uno de los peones.
Todos corrimos a la puerta.
Don Eduardo presidía la comitiva. Me llamó la atención que no montaba tan erguido como de costumbre y su rostro estaba pálido.
—Eduardo, querido, ¿qué te sucede? —preguntó doña Erna.
—No me siento muy bien. El mar estaba muy frío. Creo que tengo un enfriamiento.

Se bajó tambaleando del caballo y doña Erna lo sujetó antes de que desfalleciera.
—¡Dios mío, estás ardiendo! Rosa, ayúdeme a llevarlo hasta su cama —-ordenó—. Y vayan a buscar paños fríos para bajarle la fiebre.
Mientras don Eduardo era llevado al interior de la casa, nos fijamos en el aire triunfal de don Recaredo, que descendía de su caballo.
—Mira, Pelayo —dije a mi amigo—, viene con cara de vencedor. ¿Es que no sabrán aún que es un bandido?
—Pero, ¿qué ha pasado? A Antonio lo traen atado —manifestó Pelayo, asombrado.



Corrimos rápidamente hacia él, pero nos impidieron aproximarnos.
—No se acerquen a ese bandido calumniador. Es un traidor a la corona: mató a mi antecesor e intentó echarme la culpa —dijo don Recaredo.
Antonio venía montado en un caballo y con las manos atadas en la espalda, custodiado por un par de peones. Admiré su destreza para mantenerse erguido en su montura sin sujetarse con las riendas.
Cuando estuvo cerca, con espanto, vimos que su cara estaba desfigurada por golpes.
Con nuestra mirada le hicimos entender que creíamos en él y me pareció leer en su rostro una sensación de alivio al darse cuenta de que

contaba con nuestro apoyo.
Se lo llevaron a empujones a una bodega que habilitaron como calabozo.
Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando vi que en un carro tirado por bueyes traían el cuerpo de don Ambrosio. Se acercó el padre Ramón y le dio una bendición.
—¿Dónde lo ponemos para su velatorio?
—Dadas las condiciones en que se encuentra, llévenlo a la capilla y mañana a primera hora efectuaremos su funeral.
Entramos a la casa. En la cuadra nos encontramos con don Recaredo, que estaba comiendo, acompañado por doña Soledad. Se veía muy sonriente.
—Explíqueme, don Recaredo —decía doña Soledad—, ¿qué sucedió?
—Efectivamente don Ambrosio estaba en la cueva —respondió casi sonriendo, como si estuviera complacido de los sucesos—. Ese traidor, Antonio, lo mató y trató de hacer que todos creyeran que yo estaba implicado. Su estrategia fue muy burda. Insistió en que había encontrado un escrito en un medallón, en el que se me culpaba. Pero, gracias a mi intervención, terminó confesando que lo había robado cuando asesinó al pobre hombre.
Doña Soledad, que había visto la cara de Antonio, quiso decir algo, pero calló. Pelayo me susurró:
—¡Qué gran mentira! Tenemos que hablar con mi padre, yo estaba ahí cuando Antonio sacó el medallón del cuello de don Ambrosio.
—Sí. Este traidor debe haberlo hecho confesar a golpes esa mentira.
Pelayo se dirigió a toda prisa a la habitación de su padre. Yo me quedé escuchando lo que hablaba don Recaredo.
Doña Soledad le estaba preguntando en ese momento:
—¿Dónde está Leandro? —Aquí se quedó.
—No. Aquí no está. Creemos que salió persiguiéndolos.

Don Recaredo se puso pálido, y su semblante complacido se tornó en un instante en el de un padre inquieto y preocupado. Se puso de pie y salió de la cuadra preguntando a todos por su hijo.
En ese momento, volvió Pelayo cabizbajo:
—No pude entrar a la habitación de papá. Al parecer está con mucha fiebre y mi madre me prohibió hablar con él.
—Aquí también han pasado cosas. Don Recaredo se agitó mucho al saber que Leandro no está aquí. ¡Está perdido!
—¡Entonces, a eso se refería José cuando dijo "se lo llevaron". Han secuestrado a Leandro.
—¿Te acuerdas de que Jacques dijo que él tenía otra carta bajo la manga para sacarle más dinero a don Recaredo? Quizás se refería precisamente a esto: raptar a Leandro para que su padre cumpliera con el trato. El pobre, al escaparse, se puso al alcance de las manos de estos bandidos.
—Sí, pero su imprudencia permitió que dejaran tranquilo a José y que éste se salvara.
—Pelayo —dije, después de permanecer un rato en silencio—, ¿qué vamos a hacer? Tu padre está enfermo,
Antonio preso, José herido y Leandro secuestrado. Los bandidos por su parte, con todo a su favor, siguen adelante con sus planes y sus fechorías. Sólo nosotros sabemos la verdad.
—Pues sí, ésa es la triste realidad —afirmó Pelayo con mucha seriedad—. Sólo queda una cosa: a nosotros nos corresponde actuar para que la justicia triunfe.

Capítulo X PRISIONEROS

Esa misma noche, don Recaredo, muy preocupado, partió con algunos hombres en busca de su hijo. Tras su partida, la casa volvió a quedar cerrada en forma hermética.
Después de una tensa cena, Pelayo me dijo:
—Alonso, llamemos a las niñas, pues debemos planificar lo que vamos a hacer.
Nos reunimos en la cocina que aún estaba iluminada y tibia por el fogón y allí pusimos al día a Pilar y a Margarita sobre los últimos acontecimientos.
—Es por todo esto —dijo Pelayo— que necesitamos su ayuda para poder salvar a Antonio y que se haga justicia.
—¡Pero cómo no nos habían dicho nada! —exclamó Margarita—. ¡Nosotras estábamos seguras de que Antonio era malo!
Hicimos planes pensando que solos debíamos resolver la situación, ya que los adultos estaban equivocados.

—Lo que tenemos que hacer es ir a La Encrucijada. Pelayo sabe el camino. Entonces detendremos a los bandidos —dije.
—Además, recuperaremos las cosas que robaron de mi casa —exclamó Margarita, y agregó—: me encantará ver la cara de Eulalia cuando recobremos su ajuar.
—Sí, pero lo más importante es que Antonio quede libre de culpa y los verdaderos bandidos tengan su merecido.
A partir de ese momento, fuimos cuatro conspiradores resueltos a hacer justicia. El primer problema que teníamos que resolver era cómo salir de la casa, que se hallaba muy resguardada.
—¿Te acuerdas, Pelayo, de cuando subimos al techo? Había unas tejas corridas por donde entraba la luz. Si entra la luz, por ahí podemos salir —declaré entusiasmado.

—¡Qué buena idea!
—Pero el techo está muy alto. ¿Cómo bajaremos? —preguntó Pilar.
—Necesitaremos cuerdas. Las afirmaremos en una de las vigas del techo y nos deslizaremos.
—¿Y qué haremos para que no nos echen de menos? —preguntó Margarita.
—Hagamos una cosa. Vamonos a acostar y después de que nos den las buenas noches, nos levantamos —dijo Pelayo.
—Pero Pilar y yo tenemos un problema —replicó Margarita—, no me imagino con nuestros vestidos y enaguas bajando por el techo.
—¡Problemas de mujeres! Nosotros les prestaremos ropas adecuadas —dijo Pelayo, solucionando rápidamente el dilema, y ordenó—; ¡Vamos ya a acostarnos para partir pronto!
Cuando la casa estuvo en silencio, nos juntamos en la habitación de las niñas, que tenía trampilla.
Éstas se miraban vestidas con pantalones y se morían de la risa.
—Sh... Silencio —susurré.
—¡Mira cómo nos vemos, es ridículo! —exclamó Pilar.
—Pero debes admitir que es cómodo —agregó Margarita—. Sería estupendo que nos pudiéramos vestir así en el campo.
—Eso no va a pasar nunca —sentencié.
—¿Cómo que no? ¡Acuérdate de doña Catalina de Erauso, la monja Alférez!
—¡Ah, sí! Llegó a América hace cien años y peleó en la guerra de Arauco como un soldado más. Hasta mucho después, nadie supo que era mujer —agregó Margarita.
—¡Basta!, tienen razón —interrumpí—, pero si no nos vamos pronto, amanecerá.
Tal como ya lo habíamos hecho, nos subimos sobre el ropero y trepamos hasta el entretecho, que estaba ahora completamente oscuro.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Pilar ingenuamente al escuchar a los ratones que corrían de un lado a otro.
No contestamos para evitar que se pusieran a gritar. Menos mal que muy pronto encontramos el lugar donde había algunas tejas corridas. Las apartamos y Pelayo extendió la cuerda que llevaba enrollada en su cintura. Ató un extremo a una viga y el resto la dejó caer hacia el exterior.
Con el mayor cuidado, evitando soltar las otras tejas, fuimos descendiendo uno a uno y llegamos a tierra sin ningún problema. Una enorme luna llena iluminaba la noche, de manera que nos fue muy fácil dirigirnos al corral en busca de los caballos. Los ensillamos y partimos. El único que supo de nuestra salida fue Bartolo, el perro de Pelayo, que nos siguió.
Al principio avanzamos lentamente para evitar ser descubiertos y así llegamos al portón, quitamos la tranca y continuamos el camino. ¡Apenas amaneciera descubrirían nuestra fuga!
Nos alejamos de la casa y con Pelayo a la cabeza galopamos a toda velocidad hacia La Encrucijada. Después de un largo andar, nuestro guía amainó la marcha.
—¡Ya estamos cerca! Debemos ir con mucho cuidado —nos advirtió.
Desmontamos y dejamos los caballos amarrados.
Sigilosamente nos acercamos al lugar donde Pelayo creía que iban a encontrarse los bandidos. Entonces pensé que el resplandor de la luna llena, que nos había sido tan útil, ahora era una desventaja para nosotros, porque podrían descubrirnos con mayor facilidad.
De pronto, Pelayo se detuvo en seco, y susurró:
—¡Oigo voces! Cuidado.
Las voces se acercaban con tanta rapidez que debimos escondernos tras una roca, con tan mala suerte que con nuestra llegada un murciélago salió volando. Su vuelo rasante nos sobresaltó y no

pudimos evitar que se nos escapara un grito.
No alcanzamos a reaccionar cuando estábamos rodeados de tres hombres.
—¡Miren a quiénes tenemos aquí! —dijo uno—. ¡Niños entrometidos!
—¿Quiénes son? —preguntó el otro.
—Éste es el mocoso Jaramillo —dijo un hombre a quien reconocí como Raúl, uno de los bandidos que estaban en el bosque.
—Hay dos niñas también. ¿Qué haremos con todos ellos?
—De momento, detenerlos y más tarde... ya veremos...
Un escalofrío recorrió mi cuerpo y tuve mucho miedo. Miré a mi hermana y vi que lloraba. Intenté acercarme para abrazarla, pero Raúl me detuvo con brusquedad y me dio un bofetón.
—¿Dónde crees que vas?
Nos amarraron y nos llevaron con ellos.
Al poco rato, oímos voces y reconocimos la de don Recaredo que discutía con alguien.
—¡No puede hacer eso! Habíamos llegado a un acuerdo.
—Pero las cosas han cambiado.
La voz afrancesada nos indicó que el que hablaba era Jacques, el contrabandista.
—¿Por qué han cambiado? No le pagaré ni una moneda más de lo que pactamos.
—Entonces su hijo regordete pagará las consecuencias —sentenció Jacques.
—¿Cómo se atreve? Teníamos un trato de caballeros.
—¡Caballeros! Ja, ja, ja.
En ese momento nos vieron llegar. Don Recaredo nos miró estupefacto.
—¿Qué hacen estos niños aquí? —preguntó Jacques, furioso.
—Los encontré husmeando. ¿Qué hacemos con ellos? —dijo Raúl.

En ese momento, apareció Nicanor, y dijo:
—No te enfades, Jacques. Estos niños son peces gordos que nos pueden ser de mucha utilidad.
Cuando Margarita lo vio, a pesar de estar atada, se lanzó sobre él gritando:
—¡Asesino! Mataste a la mama Elena. ¿Cómo pudiste matar a tu propia madre?
Nicanor la agarró y la sacudió fuertemente.
—De qué me hablas, jovencita... Sabes muy bien que ella los quería más a ustedes que a mí, su propio hijo.
—¡Eso no es verdad! —exclamó Margarita entre sollozos—. Para ella todo en su vida era su hijo. Y cuando usted se fue de la casa dejándola sola, ella aceptó vivir en la nuestra. Pero todos los días nos hacía rezar por usted.
Nicanor alejó la mirada de ella, y dijo:
—¡Qué sabes tú de la vida, mocosa malcriada!
En eso intervino Jacques:
—Llévense a estos niños. Que estén bien amarrados. Más tarde veremos cómo aprovechamos su presencia.
Me dio mucha pena no poder consolar a Margarita, que lloraba amargamente.
Nos llevaron a una cueva hecha por los pirquineros. Daba bastante susto estar ahí, pues se veía poco estable. En cualquier momento, tanta tierra suelta podría venirse abajo y enterrarnos vivos.
A la entrada quedó cuidándonos un hombre. Se sentó y comenzó a tomar alcohol. Al poco rato, se durmió.
Mientras tanto, yo no dejé de forcejear con la cuerda hasta que logré zafarme de ella. —Pelayo, estoy libre —susurré. —¡Desátanos!
En ese momento, el hombre abrió los ojos y gruñó: —¿Qué pasa? ¡Cállense!
Muy pronto, volvió a caer en sopor y Pelayo me dijo muy bajo:

—¿Sabes? Creo que será mejor que te vayas tú solo a pedir ayuda. Porque si intentas desatarnos, ese hombre puede darse cuenta.
—¡Alonso, ten cuidado! —dijo Pilar con los ojos llenos de lágrimas.
Me arrastré lentamente y pasé lo más lejos que pude del guardián, pero el espacio era tan estrecho que casi lo rozo. Cuando salí de la cueva, me puse de pie y corrí hacia el bosque lo más rápido que me dieron las piernas.

Capítulo XI PERDIDO

Una vez que me sentí bien protegido dentro del bosque, me senté a los pies de un árbol para recuperar el aliento. Estaba aterrado. ¿Hacia dónde debía ir? ¿Qué dirección tenía que tomar? Había llegado a aquel lugar guiado por Pelayo y a caballo. Ahora estaba solo y a pie. De pronto, sentí un ruido que me paralizó el corazón. Me apegué al tronco lo más que pude, deseando ser invisible. Entonces vi aparecer un perro.

—¡Bartolo! —susurré aliviado y feliz por su compañía.

Lo abracé muy contento y su calor me tranquilizó un poco. Ya no me sentía tan solo. —¡Guíame a casa, Bartolo!

El perro se acurrucó a mi lado, sacó la lengua y me lamió las manos. Comprendí que él sería una buena compañía, pero no un guía.

Salí del bosque confiando en mi instinto. De pronto recordé que mis antepasados, al viajar, se guiaban por las estrellas. Las miré atento. ¿Dónde estaría la famosa Cruz del Sur? Creí reconocerla en un grupo de luceros que sobresalían, pero no supe cuál de ellos apuntaba al sur. Además, muy pronto me di cuenta de que veía cruces de estrellas en muchos otros lugares. Al final concluí que éstas no me dirían nada.

Encontré una huella y la seguí. De pronto, el viento comenzó a soplar y al poco rato las nubes cubrieron totalmente el cielo. El resplandor de la luna, que hasta ese momento me había alumbrado, desapareció. Caminé inseguro, intentando seguir el sendero. En eso, me tropecé y caí estrepitosamente. Bartolo, que no captaba la gravedad de la situación, se tiró encima de mí creyendo que era un juego.

Cuando intenté levantarme, volví a caer. Sentí un gran dolor en el tobillo. Me saqué la bota para ver si me había sucedido algo y al tocarme me pareció que el pie se estaba hinchando. Y así era: cuando quise calzarme de nuevo, me fue totalmente imposible.

Angustiado, y sin poder impedirlo, comencé a llorar. ¿Qué haría ahora perdido, con ese terrible dolor en el pie y con los bandidos tras de mí?
Entonces, pensé en mi hermana y en mis amigos. Ellos dependían de que yo lograra encontrar ayuda. Me arrastré buscando un palo que sirviera de bastón. Cuando lo encontré, me puse de pie, sin poder evitar lanzar un grito de dolor.
Seguí caminando lentamente con la vista nublada por mis lágrimas de desesperación.
Caminar se hacía cada vez más pesado, pues tuve que subir una pequeña loma. Luego, me interné en un bosque y el dolor me obligó a descansar. Apoyado en un tronco, pensé que si me sentaba, no podría volver a levantarme.
Algo voló rozando mi cara y se adhirió a mi cabeza. Espantado, lo toqué: era un murciélago. Grité intentando desprenderlo del pelo, pero no pude evitar que el asqueroso animal me mordiera el brazo. Fue tal la sacudida que por fin el bicho se desprendió.
Intenté alejarme de ese árbol,pues podía distinguir aún en la penumbra una decena de murciélagos que volaban de un lado a otro. Corrí arrastrando el pie lo más rápido que pude. Me detuve en seco al distinguir dos ojos brillantes que miraban amenazantes en la oscuridad. Se trataba de una lechuza. En ese momento, ésta lanzó un grito tan fuerte que yo pensé que me atacaría, pero no fue así. La lechuza emprendió un silencioso vuelo hacia los murciélagos y alcancé a distinguirla con uno de ellos muerto entre sus filudas garras. Deseé con todo mi corazón que fuera el que me había mordido.
Después de todo este episodio, no me sentía con fuerzas para continuar el camino. Pero Bartolo, que se encontraba a mi lado, comenzó a lamerme la mano y con ese gesto logró animarme a seguir. Caminé durante varias horas. Traer a mi cabeza una y otra vez la imagen de mi hermana evitó que la fatiga me venciera.

De pronto, llegué a un campo de trigo cuyas espigas estaban altas. Esto me animó, ya que significaba que estaba aproximándome a lugares poblados.
Me interné entre las espigas, que llegaban a mi cintura y me pinchaban el pie que llevaba descalzo.
Mi caminar se vio interrumpido por una acequia bastante ancha que cruzaba el potrero. No podía retroceder, de manera que me dispuse a atravesarla mojándome, pues no podía saltarla. Pero no fue nada fácil; porque, a pesar de estar apoyado en el bastón, resbalé y caí sentado en el agua. Empapado y tras grandes esfuerzos, logré salir.
Seguí camino tiritando de frío. Las ropas mojadas se pegaban a la piel y dificultaban aún más la marcha. Cuando llegué al final del potrero, sentía que ya no podría seguir avanzando.
De pronto me pareció ver a lo lejos una pequeña llama... ¿Podría ser cierto? Restregué mis ojos para cerciorarme de que no se trataba de una visión. Pero no, la llama seguía allí. Como pude me arrastré hacia el lugar con la esperanza de pedir ayuda. En ese momento, no se pasó por mi la mente que fuera uno de los bandidos.
Ya llegaba, cuando alguien me agarró fuertemente al tiempo que una mano tapó mi boca. —¡Sh...! No grites.
Asentí con la cabeza y entonces destapó mi boca.
—¡Por favor, ayúdeme! —le dije débilmente.
Como yo tiritaba, me acercó a la fogata. Al resplandor de las llamas, vi con sorpresa que se trataba de un hombre negro. Solamente una vez había visto uno en la casa de un amigo de mi padre. Era un esclavo que trabajaba como mayordomo. Con vistosas ropas abría ceremoniosamente la puerta y servía la mesa. Entonces, mi padre me explicó que los esclavos eran traídos de África y que en muchas partes de América trabajaban en los campos. En Chile, como eran tan caros, sólo en algunas casas los tenían para las labores domésticas, y en muy pocos casos eran llevados a las minas y a los campos.

—¿Qué le ha sucedido, niño? —preguntó el negro en un castellano vacilante.
En pocas palabras le expliqué que estaba perdido y que tenía urgencia en llegar a la hacienda.
—No puede seguir solo. Está muy cansado y con ese pie no va a llegar muy lejos —replicó mientras me ofrecía un tiesto de barro con un caldo no muy rico, pero caliente.
—Muchas gracias —le dije y luego, le pregunté—: Y usted, ¿quién es? ¿Y qué hace aquí?
—Estoy de paso —respondió evasivo, y cambiando de tema, agregó—: Acerqúese al fuego para que su ropa se seque. Si sigue así se enfermará.
Como sentía mucha curiosidad, insistí en mis preguntas, a pesar de que era evidente que no quería hablar de él.
—¿Dónde vive?
—En este momento no tengo hogar. Voy de paso a la costa.
—¿Tiene familia ahí?
—No tengo familia —respondió, y bajando los ojos dijo con tristeza—i Cuando niño, me separaron de mis padres y me trajeron a estas tierras desde África. He sido siempre un esclavo y ahora escapé.
—¿Y a dónde va ahora? —le pregunté, pensando que por su color le sería difícil pasar inadvertido.
—Quiero alcanzar la costa y desde allí intentaré llegar al norte. Sé que en el norte hay muchos de mi raza —me respondió, y sacando de debajo de su camisa una tosca cruz de madera, la besó, y agregó—: Estoy seguro de que Dios me ayudará a conseguir la libertad y podré formar una familia. ¡Eso es lo que más deseo!
Me emocioné al escuchar estas palabras. Parecía muy injusto privar a una persona de su libertad. ¿Por qué existiría la esclavitud?, pensé, olvidando por unos instantes mis penurias y pensando en la triste vida de aquel hombre.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.
—Soy Camilo, ¿y usted?
—Alonso.
Seguimos conversando y, cuando me sentí más repuesto, con las ropas secas, dije: —Debo continuar.
—No creo que esté en condiciones para seguir solo. Le voy a ayudar. Un poco más atrás vi una casa. Lo llevaré hasta ahí.
Me subió a sus espaldas. Quedé impresionado de su robusto cuerpo y de la facilidad con que me alzó. Se notaba que le había tocado trabajar muy duro.
Al poco rato, oímos ladrar unos perros, lo que nos indicó que había una casa cerca. Bartolo se volvió loco al oírlos, y comenzó a ladrar fuertemente.
—Aquí lo dejo, niño Alonso. La casa debe estar cerca. Si necesita ayuda, estaré por esta zona.
—Gracias, amigo. Me encantaría que nos volviéramos a ver algún día.
Camilo desapareció en la oscuridad y seguí hasta la casa.

Capítulo XII

EL RESCATE

Llegué hasta la casa. Los inquilinos que la habitaban me llevaron velozmente a la hacienda. Llamaron al portón y un hombre armado salió a abrir. En cuanto nos vio, comenzó a gritar: —¡Es uno de los niños! Me llamó la atención que a pesar de la hora estaban todos en pie. Sin duda habían advertido que alguien había quitado la tranca del portón para salir y entonces nos habían descubierto.

—¿Dónde has estado? ¿Y los otros? —gritó furiosa doña Erna.

—Los bandidos los tienen presos. Yo logré escapar. Al oír esto, Felisa y Luchita se pusieron a llorar y a gemir.

—¡Santísima Virgen, con qué cara me presentaré ante tu padre sin mi niña Pilar...! —sollozó Felisa.

—Perdona, mama Feli. No debimos nunca haber salido solos. Creímos que podríamos detener a los bandidos —le dije llorando y con voz entrecortada. Sobreponiéndome un poco, continué—: Voy a traer de regreso a mi hermana y a mis amigos.

—Ven, niño. Primero vamos a hablar con Eduardo. Ahí veremos qué se va a hacer —exclamó con dura voz doña Erna.

—Pero, señora —interrumpió Felisa—, el niño está herido y fatigado...

—Lo primero es lo primero. Deberá aguantarse porque Pelayo, Pilar y Margarita están en peligro.

—Sí, señora —respondió Felisa—. Tiene toda la razón.

Escoltado por las mujeres, llegué a la habitación en que estaba don Eduardo, que dormía un sueño agitado. Doña Erna lo despertó y le

explicó lo ocurrido.
Él se irguió y con los ojos vidriosos por la alta fiebre, escuchó atentamente la historia que le conté. Cuando terminé, doña Erna agregó compungida:
—Hace un rato, partió un grupo en busca de los niños. Pero los mandé en dirección al mar. Por lo que dice Alonso, se encuentran hacia la cordillera. ¿Qué haremos, Eduardo?
—Iré yo. ¿Quién queda en la casa que pueda acompañarme?
—preguntó, mientras se levantaba.
De pronto, se estremeció y cayó desplomado en la cama.
—No puedes salir así —le dijo doña Erna—, estás con mucha fiebre.
Dirigiéndose a Luchita que estaba en la puerta llorando con las otras mujeres, ordenó:
—Luchita, traiga agua fría y paños. ¡Tenemos que bajarle la fiebre a Eduardo!
—Yo iré a buscarlos —exclamé resuelto y pregunté—: ¿Y qué ha pasado con Antonio?
—Está encerrado —dijo doña Erna.
—Él nos puede ayudar —exclamé.
—¡Pero si es el asesino de don Ambrosio!
—No, doña Erna, todo eso es una mentira de don Recaredo. Pudimos comprobarlo ahora.
—Es verdad, pero igualmente no puedo liberarlo y contrariar así las órdenes de Eduardo. Debe quedarse donde está; si él aún le tiene desconfianza, por algo será.
Entonces recordé a José, y pregunté: —¿Cómo se encuentra José?
—Mucho mejor. Limpiamos bien sus heridas y ha recobrado la conciencia.
Me dirigí a su habitación y sin reparos lo desperté para contarle lo que estaba ocurriendo y lo desesperada que era la situación.
—Sólo estamos tú y yo para salvar a nuestros amigos. Lo siento, José,

te ruego que te levantes y me acompañes.
—"No por tener cuatro patas, sigue el perro cuatro caminos"
—replicó José en su peculiar forma de hablar.
—¿Me estás diciendo que sí o que no? —pregunté impaciente.
—Debo tomar una opción y no es fácil. No estoy totalmente repuesto, por lo que mi *natura* me dice que me quede. Mas debo vengarme de esos malvados. ¡Te ayudaré!
Se levantó con mucho esfuerzo y nos dispusimos a partir, no sin que antes me vendaran fuertemente el pie, lo que disminuyó el dolor; me lavé y cambié de ropa y comí algo caliente. Me sentía realmente repuesto cuando partimos.
Doña Erna nos dejó ir porque no tenía otra alternativa para liberar a Pelayo, Pilar y Margarita. Nos rogó, eso sí, que tuviéramos mucho cuidado.
Bastante adoloridos y protestando cada cual de sus males nos subimos a los caballos.
—"Al fin y al cabo —sentenció José—, cada cual tiene que arar con los bueyes que tiene."
—¿Te refieres a que no nos queda otra cosa que hacer, verdad? Ciertamente somos una "triste" expedición, pero no hay más posibilidades.
Galopamos en busca de la expedición acompañados de Bartolo. Al rato, la encontramos. Venían de vuelta.
La expedición estaba compuesta de diez hombres. Cuando les contamos lo que estaba sucediendo, hubo discusiones. Algunos encontraron muy peligroso enfrentar a los bandidos y a los contrabandistas unidos.
—¡Nos matarán como a corderos! —dijo uno de ellos.
—¡Son muchos y peligrosos! —agregó otro.
—¡Son unos cobardes; no puedo creer lo que oigo: hay tres niños en peligro! —exclamó José, y elevando la voz, agregó—: "El que no

puede galopar, que se ponga a trotar". Haremos lo que podamos.
—Si alguien quiere regresar a casa, es libre de hacerlo ahora —dije resuelto—. Los que quieran ayudarnos que sigan con nosotros.
Los hombres se miraron pero nadie se atrevió a abandonar la partida. El ejemplo de las agallas y la fuerza de José con todas sus vendas los animó.

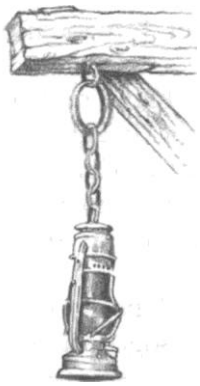
Cuando estuvimos cerca de La Encrucijada, bajamos de los caballos y, luego de dejarlos atados en un lugar bastante oculto por los árboles y arbustos, seguimos a pie. A pesar de que todos estaban provistos de un arma cargada, se miraban temblorosos unos a otros.
—"Cada uno es dueño de su miedo" —dijo José en un susurro—. ¡Ánimo, muchachos!, tenemos a nuestro favor que no sospechan que estamos aquí.
—Don Eduardo y mi padre estarán muy agradecidos de su lealtad cuando todo esto acabe —agregué intentando animarlos.
Caminamos cautelosamente, pues ya no nos protegía la oscuridad: había amanecido hacía rato. Nos dirigimos primeramente a la cueva que había sido mi prisión, pero no encontramos a nadie.
—¿Qué hacemos ahora? —pregunté angustiado, pensando que habíamos llegado demasiado tarde. ¿Habrían asesinado a mi hermana

y a mis amigos? Me estremecí de terror y sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas. Me dio vergüenza sentir tanto temor, pues era yo quien debía animar al grupo, pero la idea de perderlos era más fuerte.
—Condúcenos al lugar del intercambio —me dijo
José.
—Pero ahí están todos esos malvados reunidos —exclamé abatido.
—No te preocupes. "Cuando hay tapas, no se mojan las cargas"
—exclamó José, aludiendo a que si íbamos preparados y con precaución, venceríamos.
Estuvimos un rato poniéndonos de acuerdo. Los hombres conocían la zona, por lo que José, que había tomado el papel de jefe, los distribuyó en parejas para rodear el lugar, y, sin perder, ni en los peores momentos, la costumbre de hablar en refranes, les dijo:
—"Cuatro ojos ven más que dos", por lo tanto, sean cautelosos. Yo iré con Alonso. ¡Esperen mi señal para atacar!
Fuimos rodeando el lugar en un amplio círculo. Las voces de los bandidos nos llegaban claramente. Avanzamos hasta que pudimos ver lo que sucedía. A pesar de los esfuerzos, no divisé a Pilar ni a mis amigos. Sin embargo, distinguí a Jacques y a don Recaredo que discutían acaloradamente. Nicanor los acompañaba y los miraba con una sonrisa burlona en sus labios. Me pareció que ya había escuchado esa misma discusión anteriormente y que seguían sin ponerse de acuerdo.
—¡Aquí falta dinero! —increpó secamente Jacques a don Recaredo.
—Ésta es la suma acordada.
—Eso era antes. Ahora debe pagar por la vida de su hijo. ¡Ya se lo dije! —Y acercándose amenazante, prosiguió—: Pensándolo bien, el valor acaba de subir nuevamente. ¿Se imagina el negocio que puede hacer usted también si le entrego a su hijo y a esos otros tres? Cuando llegue con ellos de vuelta a sus casas, será un héroe ante sus padres.

—No le pienso pagar por ellos. ¿Usted cree que no tienen boca? ¡Me van a acusar y será mi fin! Usted los tomó presos, son suyos. Libere a mi hijo y haga lo que quiera con el resto.
No podía creer lo que estaba oyendo. Don Recare-do era el peor de los malvados. Miré suplicante a José. Éste no alcanzó a dar la orden de ataque, ya que Bartolo se abalanzó ladrando furiosamente y nos delató.
Los nuestros atacaron y en unos instantes todo fue confusión. Los hombres gritaban, se oía el ruido de balas y el tronar de espadas. Busqué desesperado a mi hermana. Por fin la distinguí junto a Pelayo, a Margarita y a Leandro, los cuatro atados y amordazados detrás de una carreta. Lo más rápido que me permitió el dolor de mi pie, corrí hacia ellos y los liberé cortando las amarras con una navaja. Al tener ante mis ojos a Leandro, vacilé, pero finalmente también lo libré de sus ataduras.
Pilar me abrazó, llorando. Fue un momento de gran emoción que debí interrumpir.
—Tenemos que irnos de aquí.
A todos les costó trabajo moverse, ya que tenían su cuerpo agarrotado. Despiadadamente, los obligué a correr. En medio de la huida, miré hacia atrás, y vi con horror que Raúl, el bandido, caía víctima de un certero disparo. También distinguí a Jacques que se subía a su caballo llevando las bolsas de oro. "¡Qué cobarde!", pensé al ver que emprendía la huida, mientras sus hombres caían. Seguí corriendo, mientras entre jadeos, Pelayo decía:
—¡Por fin llegaste! Creímos que nunca más te veríamos. ¿Por qué tardaste tanto?
No pude responderle, pues en ese instante Nicanor advirtió nuestra huida y comenzó a perseguirnos. Entonces, como de la nada, apareció Camilo, mi amigo negro, y le dio un puñetazo. Lo dejó tendido en el suelo, inconsciente y con la mandíbula sangrando. Pilar, Margarita,

Leandro y Pelayo se quedaron de una pieza.
—Gracias, Camilo, segunda vez que me salvas. Pero, ¿cómo es que estás aquí?
—Anoche quedé preocupado y no me alejé mucho de la hacienda. Lo vi salir nuevamente y lo seguí. Parece que hice bien —dijo, mientras una blanca sonrisa iluminaba su oscura faz.
—Gracias, amigo de Alonso —exclamó Margarita—, has vencido a Nicanor, el asesino de mi mama.
—Rápido, atémoslo antes de que despierte —propuso Pelayo.
Fuimos ayudados de nuevo por Camilo, quien sacó unas cuerdas de su cinto y, con gran habilidad, lo ató fuertemente.
—Esperemos a José —propuse.
—No me parece sensato. Pongamos a las niñas a salvo —replicó Pelayo.
Las miré. Estaban demacradas por la fatiga, el hambre y el miedo que habían pasado. Tenían las muñecas heridas a causa de las cuerdas.
—Pelayo tiene razón. ¡Vamos a casa! Camilo se despidió.
—Aquí los dejo. Yo debo seguir mi camino. —No te puedes ir —le dije—. Ven con nosotros. —No es posible. Pueden apresarme y volveré a ser esclavo.
—Eso no sucederá. Yo te voy a defender y ten por seguro que mi padre te ayudará cuando sepa lo que hiciste por nosotros.
—Mi padre también te ayudará —intervino resuelto Pelayo.
A pesar de su reticencia, le insistimos y le rogamos hasta convencerlo. El pobre Leandro no se atrevía a intervenir. Finalmente, con voz tímida, dijo:
—Camilo, ven con nosotros. Si algo puedo hacer por ti, también te ayudaré.
Llegamos al lugar donde estaban atados los caballos y sin pensar que dejaríamos a algunos del grupo a pie, montamos uno cada uno. Camilo hizo subir a Nicanor bien atado a la montura. Tomó las

riendas, y sin muchos miramientos, partió al galope.



Capítulo XIII
CADA COSA EN SU LUGAR

Llegamos a la hacienda cuando el sol ya estaba alto.
Se oyó un grito desde el interior: —¡Vienen los niños!
Abrieron las puertas y aparecieron las mujeres en grupo a recibirnos. Margarita y Pilar desmontaron y se abalanzaron a los brazos de doña Soledad y de Felisa. Entre abrazos y sollozos fuimos apretujados por cada una de las mujeres presentes.
La emotiva escena quedó interrumpida cuando don Eduardo salió tambaleándose en su ropa de dormir. —Pelayo —dijo—, explícame: ¿qué está pasando? Entre Pelayo y yo le contamos todas nuestras aventuras.
—Entonces tenemos un inocente preso —dijo don Eduardo, refiriéndose a Antonio.
—Siempre te lo dijimos, papá —sostuvo Pelayo. —¡Vayan a liberarlo inmediatamente!

Al poco rato regresamos con Antonio, que se encontraba en un estado lastimoso.
En ese momento, llegaron varios jinetes encabezados por José; y a su lado y fuertemente amarrado, cabalgaba don Recaredo con la cabeza gacha. Cuando vio a don Eduardo, levantó la frente y gritó:
—¡Esto es una injuria! ¡Yo había ido al rescate de mi hijo y me traen como a un ladrón! ¡A mí, funcionario de su majestad!
En ese momento miré a Leandro, que había permanecido apartado y lo vi llorar de vergüenza. Imaginé lo mal que lo estaría pasando al ver la actitud hipócrita de su padre y cómo lo había utilizado a él para su provecho.
—"Aquel que más alto está, en su caída más sufrirá" —susurró José

sin poder contenerse.
Nicanor, que seguía amarrado, replicó lleno de ira:
—Español cobarde. Todos han sido testigos de sus fechorías. Por unas sucias monedas estuvo dispuesto a perder a su hijo. ¡No se haga el inocente! ¡Ahora caeremos todos y de nada le servirán sus influencias!
—¡De eso estoy muy seguro! —Intervino Antonio—. Las autoridades de España ya recelaban de su actuación. Ahora está más que probado.
La comitiva incluía varios bandidos apresados. Entre ellos, Fresia, la mujer que se había lucido con el vestido de novia de Eulalia.
Antonio tomó su rol de autoridad y mandó encarcelar a todos los bandidos. Pidió cadenas y grilletes y los dejó bien asegurados en la bodega.
—Don Eduardo —dijo—, volveré a usar su prisión durante algunos días. ¡Menos mal que esta vez estaré yo afuera!
Don Recaredo, al verse empujado junto a los otros bandidos, comenzó a gritar:
—¡Soy autoridad, soy un funcionario! ¡No me pueden tratar como a estos criollos miserables!
—Usted "era" una autoridad. Nosotros lo tratamos con mucho respeto, pero su actitud no ha sido la de un funcionario del rey —dijo don Eduardo, y mirando a Leandro, que lloraba en un rincón, agregó—: Pero no se preocupe por su hijo. Lo cuidaremos muy bien. Mejor de lo que lo ha hecho usted. Daremos aviso para enviarlo con su madre a Santiago.
—"La codicia rompe el saco" —me dijo José en un murmullo.
—Tienes razón, José —le respondí, pensativo—. Este hombre lo tenía todo y lo ha perdido por su ambición.
Cuando volvió la calma y los bandidos se hallaban seguros en la prisión, don Eduardo, que aún permanecía con nosotros a pesar de su

cansancio, reparó en Camilo.
—¿Quién es este hombre? —preguntó.
—Es mi amigo. Él me socorrió cuando escapé de los bandidos. Luego, gracias a su ayuda, pudimos apresar a Nicanor y llegar a casa a salvo —manifesté.
—Papá —agregó Pelayo—, le prometimos que lo íbamos a ayudar.
—Estudiaré la situación —contestó don Eduardo.
En ese momento, doña Erna intervino:
—Ahora que las cosas se han aclarado y ya sabemos quiénes son los buenos y quiénes los malos, debemos preocuparnos de estos niños, que están agotados.
Y tú, Eduardo, debes volver a la cama de inmediato, porque si no vas a tener una recaída mucho peor.
Luego se dirigió a la cocina y ordenó:
—Preparen una abundante comida para todos estos hombres que valientemente se han arriesgado por mi familia.
Y nosotros, por nuestra parte, volvimos a ser niños rápidamente. Nos obligaron a bañarnos y luego nos dieron una gran comida y nos mandaron a la cama. A pesar de que era mediodía, obedecimos felices. Estábamos realmente agotados.
No despertamos hasta el día siguiente y bastante tarde. Por suerte, don Eduardo se encontraba mucho mejor y se había hecho cargo de la situación.
Cuando salimos de nuestras habitaciones, vimos con sorpresa que se había recuperado todo lo robado en la hacienda de Margarita y también se habían hecho cargo de las mercaderías de contrabando, las que serían entregadas por Antonio a las autoridades.
Eulalia y su madre se encontraban dichosas mientras reconocían una a una sus pertenencias.
Los días siguientes fueron de gran tranquilidad, que sólo se vio interrumpida por la llegada de un carruaje acompañado de una

escolta de seis hombres. Se trataba de un alguacil real que se llevaría a los prisioneros. Estuvieron sólo una noche en la casa y a la mañana siguiente se marcharon junto con Antonio.
Al verlos partir, dije a Pelayo:
—¿Qué haremos ahora? No puedes negar que a pesar de todo fue una aventura genial.
—Podríamos ir tras Jacques, que se escapó con el dinero.
—¡Estás loco! Déjale ese trabajo a Antonio.
—Entonces tendremos que entretenernos con las actividades de la hacienda, que en esta época es muy intensa. Además de las cosechas y la trilla, hay que reunir el ganado, preocuparse de los caballos nuevos y de un montón de cosas más. —Por primera vez desde que había llegado, empecé a conocer de verdad la vida normal de la hacienda. Se habían terminado las aventuras y las preocupaciones y todo volvía a funcionar normalmente.
Entonces, fui enamorándome de las labores agrícolas. Pensé que mi futuro estaría de todas maneras en el campo. Me reí al recordar mi actitud cuando recién había llegado. En ese momento había mirado despectivamente a Pelayo y su mundo; ahora no quería regresar a la ciudad.
Doña Erna retomó la preparación de las fiestas de Navidad junto a don Ramón, el fraile. Tuvimos que seguir con el catecismo y los ensayos de los cantos para la Misa del Gallo que se avecinaba. Debo reconocer que al principio nos fastidió un poco, pero al final todo eso también resultó entretenido.
—Quiero que volvamos a ensayar la representación de Navidad —dijo don Ramón—. Tienen que esforzarse para que sea muy real. Así, los niños comprenderán su sentido y los adultos revivirán el nacimiento de Jesús.
—¡Me parece estupendo! —exclamó Margarita—. Yo quiero ser la Virgen María.

—Distribuyanse ustedes los papeles, pero sin dejar de lado a ninguno de los niños que asisten al catecismo.
Todos estaban encantados con la idea menos yo, porque me daba vergüenza actuar en público. Solucioné el problema declarándome director.
Tras muchas discusiones, los papeles se distribuyeron: Margarita, tal como ella quería, fue la Virgen; Pela-yo tuvo que conformarse con ser el burro; Pilar fue una pastora y a Leandro, que estaba tan triste, le dimos el papel de San José, lo que lo dejó muy contento. Los demás niños, junto a los hermanos chicos de Pelayo, fueron ángeles, pastores y reyes magos. Además incluimos ovejas verdaderas, algunos corderitos y unas cuantas gallinas para darle realismo a la escena.
La víspera de Navidad, antes de que oscureciera comenzó la función. Fue un rotundo éxito y el público aplaudió acaloradamente. No dieron importancia cuando el burro pisó el manto de un rey mago y éste cayó cuan largo era sobre unas ovejas, que escaparon despavoridas.
A medianoche, y con nuestras mejores ropas, asistimos a la Misa del Gallo. Estaba sentado junto a Pilar y le dije muy bajo:
—¿Te das cuenta? Ésta es nuestra primera Navidad sin mamá. ¡Qué tristeza tan grande!
—Yo también me siento muy triste. La extraño a ella y también a papá.
Felisa, atenta a nosotros como siempre, se acercó y nos abrazó con cariño. No sé si nos oyó o adivinó lo que hablábamos.
Terminada la misa, don Eduardo y doña Erna invitaron a todos los trabajadores de la hacienda a una suculenta cena. Entonces, doña Erna me pidió que tocara unas piezas en el clavecín. Lo hice encantado, dedicándoselas a mi madre, que estaría mirándome orgullosa desde el cielo.
Al día siguiente, Margarita volvió a su casa junto a toda su familia.

—Adiós, Alonso —dijo emocionada al partir—, te extrañaré mucho.
—Yo también. Pero te iré a visitar ahora que domino bastante el caballo.
—¡Qué bueno! —exclamó ella, entusiasmada—. Podemos hacer paseos y quién sabe si encontremos nuevas aventuras.
Le di un beso en la mejilla y ella se sonrojó. Educadamente le estreché la mano y la acompañé hasta su carruaje.
El resto del verano pasó rápidamente.
Una fresca tarde de marzo, cuando ya habían terminado la trilla, la matanza de animales y todas las cosechas se hallaban recogidas, regresó mi padre.
Permaneció un par de días en la hacienda y llegó el momento de partir a Santiago. Yo estaba tan triste que mi padre me prometió que regresaríamos.
—Adiós, Pelayo. Te prometo que el próximo verano volveremos. ¡Tenme preparadas aventuras tan emocionantes como las que hemos vivido estos meses!
—Ten por seguro que sí —contestó, y dirigiéndose a Pilar, continuó—: También tú volverás, ¿no es así?
—De todas maneras —contestó ella, coqueta, y en forma algo picara, añadió—: Tu madre estará feliz. Ella ha sido muy buena conmigo y gozará nuevamente de tener una compañía femenina.
Mientras avanzaba el carruaje, me volví y vi alejarse la hacienda. Había pasado en ese lugar tan buenos momentos, vivido emocionantes aventuras y ganado grandes amigos. Era como si una parte de mí se quedara allí para siempre.

EPÍLOGO

Unos meses después, recibí una carta de Pelayo. Contando lo que había sucedido con los protagonistas de nuestras aventuras.
Don Recaredo había sido destituido de su cargo y llevado a España, donde debería enfrentarse a la justicia.
Leandro se había reunido en Santiago con su madre, para regresar a la Península, donde vivirían con unos parientes.
Nicanor fue ahorcado por el asesinato de su madre y sus muchas fechorías, y los miembros de su banda pasarían largos años en prisión.
Jacques, el contrabandista francés, logró escapar con el dinero de don Recaredo. Me imaginé que estaría viviendo como un rey en algún lugar recóndito del mundo. Pero estoy seguro de que algún día pagará por sus delitos.
Antonio fue ascendido a un importante cargo como funcionario, a pesar de ser criollo.
José tenía ahora un alto puesto en la hacienda, y estaba aprendiendo afanosamente su nueva labor.
Gracias a don Eduardo, Camilo había obtenido la libertad y pudo cumplir su sueño de ir al norte, donde se había asentado en una colonia junto a otros compatriotas.
Cuando me enteré de todas estas noticias, recordé uno de los muchos refranes de José: "Como se vive, se muere".

BIBLIOGRAFÍA

SERGIO VILLALOBOS y otros, *Historia de Chile,* Editorial Universitaria, 1974.
ALBERTO CARDEMIL HERRERA, *Refranes y moralejas de Chile,* Editorial Zig-Zag, 2003.
CRISTIAN GAZMURI y RAFAEL SAGREDO, *Historia de la vida privada en Chile,* Editorial Taurus, 2005.

SUGERENCIAS DE ACTIVIDADES PARA UNA LECTURA CREATIVA

RECORDANDO LO LEÍDO

¿En que año se inicia esta historia? ¿Qué siglo comenzaba en esos años?
¿Cómo eran las casas de aquella época? ¿Cuáles eran sus principales características? ¿Cómo se llamaba la habitación más importante de la casa?
¿A qué ciudad debía viajar el padre de Alonso?
Alonso enumera varias cosas que llevaban en su equipaje. ¿Qué te llamó más la atención de aquel equipaje?
¿Cuál fue la primera faena campesina que presenció, y luego participó Alonso?
Pelayo no recibió bien a Alonso. ¿Recuerdas qué detalle logró cambiar la conducta de Pelayo?
¿Qué advierten Alonso y Pelayo en el mar que despierta una gran inquietud en don Eduardo, el padre de Pe-layo?
¿En qué circunstancias aparece Margarita en esta historia?
¿Quién era don Recaredo? ¿A quién reemplazaba?

Describe a Leandro.
¿A quién conocen los protagonistas en el paseo a las termas?

¿Cómo descubren los protagonistas la verdadera personalidad de don Recaredo?
¿Qué descubren en la cueva marina?
De todas las aventuras que corren los cuatro niños, ¿cuál fue la que más te interesó?, ¿cuál te impresionó más?, ¿cuál te pareció más peligrosa?, ¿cuál te habría gustado vivir?

II. SOPA DE LETRAS

Encuentra en esta sopa de letras los nombres de 17 personas que aparecen en la novela. Unos cuantos nombres han sido escritos de abajo hacia arriba o de derecha a izquierda.

M	U	R	E	C	A	R	E	D	0	P	E
E	D	U	A	R	D	O	E	W	N	I	S
W	P	P	Y	R	W	C	A	M	I	L	0
Y	F	E	L	I	S	A	E	S	C	A	J
E	C	L	U	N	X	N	L	W	A	R	A
E	M	A	A	V	E	T	E	X	N	0	R
U	M	Y	R	A	L	0	N	s	0	X	A
L	P	0	X	L	Y	N	A	Y	R	W	Z
A	E	M	F	A	R	I	V	A	V	u	0
L	E	A	N	D	R	0	U	E	S	Y	L
I	T	I	J	A	C	Q	U	E	S	A	I
A	T	I	R	A	G	R	A	M	L	X	Y

III. AUMENTA TU VOCABULARIO

Reemplaza las palabras destacadas de las siguientes oraciones por otras sin cambiar el sentido. Puedes cambiar los términos por más de una palabra. (No olvides consultar el diccionario si tienes dificultades).

Los días siguientes fueron muy **extraños** ( ). Nos mantuvieron encerrados en la casa, mientras grupos de hombres **salían** () a recorrer los campos en busca de los bandidos. Pero éstos parecían haberse **esfumado** ( )■

Después de una semana, los ánimos se fueron **apaciguando** ( ), ya que no había **señal** ( ) de los bandidos. Entonces, a nosotros nos dieron más libertad y nadie estaba muy **pendiente** ( ) de lo que hacíamos. Me pareció **terriblemente** ( ) ridículo, olvidando que, aunque sin tanta **ostentación** ( ), yo había llegado vestido en forma **similar** ( ).

Se me ha **encomendado** ( ) la misión de **tasar** ( ) las tierras y elaborar un nuevo **catastro** ( ) para **actualizar** ( ) la cobranza de impuestos. Necesito que me **proporcione** ( ) alojamiento a mí y a mi hijo mientras **realizo** ( ) mi tarea.

Ha desaparecido. Se **piensa** ( ) que se casó con una **criolla** ( ) y robó de **las arcas** ( ) de la **corona** ( ), pues no dio cuenta de las últimas cobranzas de impuestos que debió **realizar** ( ).

Desde hace un tiempo no se ha sabido nada de él -respondió, y agregó en tono **despectivo** ()-:

Como usted debe saber, a nosotros, los funcionarios reales, nos está **prohibido** ( ) casarnos con una criolla, lo que supone una destitución inmediata.

RECUERDA LA HISTORIA Y COMPLETA ESTAS ORACIONES

Una tarde, vimos aproximarse un coche. Al llegar a la casa se detuvo y descendió un hombre vestido de negro, lo que

significaba que se trataba de un de la corona española.
Pensé entonces en aquel antiguo saber popular: Si vas a
mentir, hazlo de manera" que tu mentira sea lo más parecida a
¡Qué descaro el de ese hombre!
Nos tiramos de cabeza al agua. Para seguir a Pelayo, debí
mantener los ojos abiertos bajo el mar. Nos metimos en un
pequeño túnel. Sentí una gran al ver que se me es-
taba terminando el y no llegábamos a las
cavernas. Cuando pensé que me iba a Pelayo comenzó a emerger.
A los pocos segundos pude
libremente y sentí un gran alivio.
¿Te acuerdas de que Jacques dijo que él tenía otra
bajo la manga para sacarle más a don
Recaredo? Quizás se refería precisamente a esto: raptar a
Leandro para que su padre cumpliera con el trato. El pobre, al
escaparse, se puso al alcance de las de es-
tos bandidos.

VERDADERO o FALSO

Escribe una V o una F, según corresponda:

1. En tiempos coloniales los viajes eran muy largos y
debían hacerse en carreta o a caballo.

2 Pilar recordaba mejor que su hermano las historias
de los antiguos Alonsos y Pelayos que contaba su madre.

3 Alonso y Pilar llegaron a la hacienda poco antes de
Navidad.

4 Don Ambrosio había sido un funcionario ladrón y por
eso se había escapado.

A los niños les cayó muy mal la llegada de Leandro
y fueron bastante pesados con él.

Alonso y Margarita no conocían el mar.

7 Antonio era el verdadero asesino.

8 Camilo era un contrabandista amigo de Jacques.
9 Leandro fue secuestrado por los propios cómplices de su padre.
10 Felisa y Elena se hicieron muy amigas.

REFRANES Y DICHOS

¿Qué te pareció la manera de hablar de José? ¿Conocías sus refranes?
Haz una recopilación de los refranes que aparecen en esta novela, anótalos, agrega los que tú sabes y luego pregunta en tu casa por otros que se usen habitualmente.
Aquí te recordamos algunos de los que decía José:
A veces sale un potrillo hermoso de un potro sarnoso.
En corral viejo no falta guano.
Bandurrias en el valle, mire, oiga y calle.
A cautela, cautela y media.

COSTUMBRES

En la novela que has leído aparecen relatadas muchas costumbres coloniales, algunas de las cuales continúan hasta nuestros días. También aparecen dichos campesinos que a lo mejor tú no conocías. Aquí te recordamos algunos ejemplos. Agrega tú otros.
Alonso asiste a una amansadura de caballos, que igualmente hoy podríamos presenciar en el campo, aunque es mucho menos habitual, ya que el trabajo del campo ha cambiado mucho y ya no se usa tanto el caballo. Piensa: ¿por qué no se usa tanto el caballo ahora?
¿Habías oído hablar alguna vez de un perro cebado? Si frecuentas un campo ovejero, probablemente sí, pero si no lo has hecho, ¿recuerdas lo que leíste acerca del perro cebado?
También se habla de las misiones que se realizaban en los campos. Las distancias eran tan grandes que no había manera de asistir a misa los domingos ni de recibir los sacramentos. Por eso se

organizaban estas misiones en las cuales los sacerdotes permanecían durante varias semanas en un sector y aprovechaban para predicar, enseñar el catecismo, bautizar, bendecir matrimonios, confesar, etc.

V. VERDADERO O FALSO

Verdadero: 1, 2, 3, 5, 6 y 9 Falso: 4, 7, 8 y 10.

11. SOPA DE LETRAS

A	X	1	Vt	V	a	9	V	a	1	i	V
I	V	S	3	n	0	0	V	r	1	i	i
1	A	S	3	n	O	a	a	N	V	3	n
0	n	A	V	A	i	a	V	3	ñ	3	V
Z	M	a	A	V	N	A	i	X	O	d	T
V	X	o	S	N	O	~l	V	a	A	n	n
ti	0	N	X	3	1	3	A	V	V	Vi	3
V	a	V	M	T	N	X	N	n	1	0	3